

LA ENTRONIZACIÓN DEL CORAZÓN DE JESÚS EN EL PROPIO CORAZÓN

**CARTAS DE UN PADRE JESUITA
A LA FUNDADORA DE LA OBRA
DE LAS DOCTRINAS RURALES**

INTRODUCCIÓN

Estas cartas escritas por el R. P. Juan Antonio Segarra S. J. y dirigidas a María Isabel González del Valle, Fundadora de las Doctrinas Rurales y a sus primeras compañeras, son el comentario a un cuadernillo que contiene brevísimos apuntes sobre un retiro espiritual que el Padre les dio en 1933.

Hasta ahora solo nosotras hemos podido aprovecharnos de su doctrina, pero el hecho de que haya pasado más de un cuarto de siglo desde que fueron escritas, y que su contenido sea puramente ascético y doctrinal creemos nos autoriza a darlas al público, junto con los apuntes, sin temor a cometer abuso de confianza, ya que si la modestia del autor puede sentirse herida por ello, su corazón, estamos seguras, se alegrará al pensar que quizás otras almas se animen con su lectura a amar más al Corazón de Jesús y por Él, con Él y en Él, entregarse con nueva generosidad al servicio y amor del Padre Celestial.

Las Misioneras de las Doctrinas Rurales

TARRAGONA, 25 DE MARZO DE 1962

Día de la Encarnación del Verbo en las entrañas de María Santísima

RETIRO ESPIRITUAL

CUADERNILLO DE APUNTES

«Sentid en vosotros lo que os corresponde como a miembros de Cristo».

SAN PABLO

I

QUÉ SE ENTIENDE POR CORAZÓN

«Os quitaré el corazón de piedra (insensible a lo espiritual) y os daré un corazón de carne (sensible a lo espiritual)» —«Del corazón malo salen los homicidios, fornicaciones etc.»—

Hay en nosotros dos fuerzas que pueden coincidir o no: Los pensamientos, afectos, tendencias, deseos, imágenes, sentimientos, etc. inconscientes, espontáneos cuando no nos vigilamos («donde está tu tesoro, allí está tu corazón»— «donde está el cuerpo muerto, allá van las águilas») y los que tenemos dándonos cuenta, consintiéndolos, actuándolos voluntaria y deliberadamente.

Generalmente, la gente del mundo lleva las dos fuerzas de vida a la par. Su vida consciente es un reflejo exacto de la inconsciente, salvo el guardar las apariencias de la buena educación.

—Aún muchas personas buenas, son muy distintas en su mundillo interior espontáneo y en lo que realmente quieren ser y trabajan por ser.

El conjunto de pensamientos, afectos, tendencias, sentimientos, etc., espontáneos es lo que entendemos aquí por *corazón*. (hombre viejo).

El trabajo espiritual consiste en que se tenga un mundo de afectos, pensamientos, etc., espirituales («corazón nuevo» del Miserere; hombre nuevo) que domine toda la actividad del hombre e invada hasta el *corazón*.

Nuestros exámenes, frecuentes y de sorpresa, durante el día, nos descubrirán cual es nuestro *corazón*» E iremos poco a poco dominándolo y transformándolo con la vigilancia, reduciendo los *tiempos libres* interiores, rectificando las intenciones, orando mucho, mortificando nuestras espontaneidades, etc., etc.

II

ENTRONIZACIÓN DEL CORAZÓN DE JESÚS EN EL PROPIO CORAZÓN

Toda la lucha espiritual está en acabar con el *corazón* nuestro, insensible a lo espiritual, animalizado («animalis homo non percipit ea quae sunt spiritus» el hombre animal no entiende lo del espíritu) y sustituirlo por los sentimientos, etc., propios de personas espirituales.

Pero si pudiésemos simplemente trocar ese mundillo nuestro interior por el de Jesús!...

Así como el agua del mar vuelve salado a todo lo que entra en él; así metiéndonos dentro de la anchura, longura, profundidad y sublimidad del Corazón de Dios, adquiriríamos sus propiedades: nos revestiríamos de los *mismos* sentimientos, etc.

Esto no sólo *puede* ser, sino que *debe* ser. Porque el Corazón de Jesús es el Corazón del Cristo místico, del cual somos miembros. Es indigno que los miembros se ocupen en pensamientos, sentimientos, etc., impropios y aunque no sean más que distintos de la persona a la que pertenecen.

¿Qué diríamos de una mano, de un pie que se independizase y pensase y sintiese *contra*, o aunque no sea más que *fuera* de la manera de pensar, etc. de la persona a quien pertenece?

«Hoc autem sentite in vobis... Sentid *en* vosotros lo que os corresponde como a miembros de Cristo Jesús...»

III

MEDIOS PARA ALCANZARLO

A) Conocerse a fondo.

B) Conocer a fondo a Cristo. El texto anterior completo nos declara los sentimientos de Cristo.

C) Pedirlo instantemente.

D) Sorprenderse con frecuencia durante el día y preguntarse: ¿pensaría esto, querría esto, sentiría esto, el Corazón de Jesús? Y procurar amoldarse *reflexivamente* al Corazón de Jesús, hasta que El se apodere por completo de todo nuestro ser y ya nos encontremos por *instinto* con los sentimientos, etc., propios del Corazón de Jesús.

IV

LA ENTRONIZACIÓN PRÁCTICA O CONSAGRACIÓN VIVIDA

Es una práctica de excelentes frutos al determinarse a vivir como debemos por ser miembros de Cristo, el fijarse una fiesta eclesíástica de especial devoción nuestra o un primer viernes de mes; prepararse con un triduo, por ejemplo, dedicando cada día al santo de nuestra devoción, a S. José, a la Virgen respectivamente; esmerarse durante esos días singularmente en la caridad, mansedumbre, dulzura, humildad, etc.; comulgar todos esos días y hacer más oración y alguna mayor penitencia; y por fin con una fórmula—la que nos inspire mayor devoción— el día de la fiesta, después de comulgar, entregarle nuestro corazón y pedirle el Suyo y... comenzar a proceder ya *como* si tuviera realmente el Corazón de Jesús en lugar del propio corazón; renovar cada día, después de comulgar, la misma entrega y cambio suplicándole con los discípulos de Emaús: «Quédate con nosotros, Señor, que la noche de las ocupaciones se me echa encima y se apaga la luz de vuestro día». Jesús ha prometido estar en el Corazón de sus fieles con el Padre y el Espíritu Santo. Ha prometido estar con cada uno y en cada uno hasta la consumación de los siglos.

V

LA ESENCIA DE TODA LA VIDA INTERNA Y EXTERNA DE JESÚS

No es otra que la Voluntad de su Padre. Todas sus aspiraciones, su respiración, su alimento es la Voluntad de su Padre. Si trabaja, si padece, si predica, etc., es puramente viendo y abrazando la Voluntad de su Padre. En tanto existe la Persona Divina del Hijo, en cuanto es engendrada y recibe todo su ser del Padre. Él es *en* SI mismo y *en* nosotros por comunicación, el único Hijo del Padre, («Este es mi Hijo, el *único*, el significa el predilecto»— esto significa el texto); eternamente, esencialmente está siendo Hijo, está siendo engendrado; y el Padre, por Io mismo, le está dando toda su esencia, compenetrado, identificado, siendo un mismo y único Dios el Padre y el Hijo, eterna y esencialmente. El Padre y el Hijo (y en el Hijo nosotros) se abrazan, se besan, se entregan, se compenetran, vuelven como a reidentificarse, gozan ardorosamente en esta unidad absoluta y esencial. Ese beso, ese abrazo, ese anhelo, esa palpitación, ese reentregarse, ese gozo de posesión absoluta, eterna, esencial, es el Espíritu Santo.

Al Padre por el Hijo en el Espíritu Santo, sea la gloria para siempre. Amén.

VI

VIDA VICTIMAL

El Hijo que es el *Esplendor*, la *Expresión* brillante de la Divina Esencia, el *Rostro*, la *Manifestación* en que el Padre ve su propia Esencia resplandeciente y gloriosa, la *Palabra* con que el Padre se expresa su Esencia, el Verbo que lo contiene todo, que lo recibe todo al ser engendrado por el Padre; ese Hijo, ese Verbo, está todo patente, todo ofrecido, todo dependiente, todo cuanto es recibido y ofrecido al Padre. El Padre le engendra eternamente; el Hijo es engendrado eternamente en el hoy de la Esencia divina. «Tu eres mi Hijo; hoy te engendré YO». Toda la Esencia divina (cuyos atributos no son personales: entendimiento, voluntad, bondad, hermosura, omnipotencia inmensidad, eternidad, etc.) la da el Padre y el Hijo la recibe sin que el Padre se vacíe de ella ni el Hijo agote al Padre ni le quite absolutamente nada. El Hijo tiene la *misma* voluntad divina del Padre y ama con ella lo mismo que el Padre ama. Es lo que es, porque así el Padre necesariamente lo quiere. Ama lo que ama, porque así el Padre le comunica la voluntad. Voluntad que en el Padre y en el Hijo, en Dios, no es *potencia*, PODER amar; sino AMAR por si misma *actual* y eternamente. «Dios es amor».

Al formar su plan (hablando a nuestro modo) y al reformarlo, el Hijo quiere el mismo plan con la misma voluntad recibida del Padre. El, pes, que es esencialmente la *Manifestación*, el *Verbo* de Dios Padre, la *Imagen* sustancial acepta la *Exteriorización*, la *Encarnación*, querida por el Padre... El acto eterno de ser Hijo, de depender del Padre, ha de traducirse en la Encarnación en un estado de oblación, de ofrecimiento. Por esto, el Verbo que es el único que conoce a su Padre, al comenzar a tener *humanidad pasible* (cuerpo), se ofrece todo El, está ofrecido con grande alegría, con alegría esencial a la Voluntad del Padre que es el cargarse con todos los pecados de la Humanidad («oblatus est ad multorum exhaurienda peccata») «factus pro nobis maledictum»; «pro nobis (Deus) eum (Christum) peccatum fecit») «Ingrediens mundum dicit: hostiam et oblationem noluisti, corpus autem aptasti mihi» ¡ Ya puede padecer! La Palabra del Padre se transforma y aparece en Palabra de Cruz. Verbum Patris, Verbum crucis.

Exactamente como en la santa Misa, donde también el sacerdote como vicegerente suyo exclama: «Hoc est corpus meum» amontonándose sobre El los pecados todos de la Humanidad. Así como Cristo no sucumbió muriendo por la acción del pecado hasta que El quiso; así ahora no sucumbe, porque ya no es necesario ni conveniente puesto que como Soberano Pontífice entra una sola vez en el Sancta Sanctorum en el año (en el tiempo, respecto a la eternidad), hallando la eterna redención, como dice S. Pablo a los Hebreos.

De este estado victimal, participamos realmente todos los que estamos en gracia, porque estar en gracia es estar unidos a Cristo como miembros vivos. ¡Cuántas personas son las que no viven conforme a esa realidad!

VII

VIDA DIVINA

Esta vida de oblación al Padre en el Hijo, es crucificante por su propia naturaleza. «Estáis muertos y vuestra vida está escondida con Cristo en Dios. Cuando Cristo que es vuestra gloria se manifieste en su plenitud, entonces también vosotros seréis puestos de manifiesto con El en esa gloria».

No hay nada tan evidente como nuestra muerte (mortificación) para vivir y en cuanto vivimos la vida divina en Cristo.

La efusión al exterior, para reabsorberla (por decirlo de algún modo) de nuevo en sí, de su vida interna que es su felicidad y la única felicidad; se ha de hacer por una *incorporación* de todos al Hijo misterioso de Dios Padre. Porque el Hijo es el NUDO explicativo de la Trinidad (el *nudo* verdadero es el Espíritu Santo, que es la fruición como renovada de la unidad esencial) en el sentido de que el Padre lo es por tener Hijo y habiendo Hijo, ya hay posibilidad de que haya *Abrazo, Beso, Nudo, Anhelo* y Palpitación afectuosa de *Dos*.

Hijos en el Hijo del Padre, somos adentrados, internados, en la misteriosa profundidad divina en que el Padre *nos* abraza abrazando y aceptando al Hijo; y somos abrazados y aceptados, nos abrazamos y ofrecemos en el Hijo.

VIII

EL ESPIRITU SANTO VIVIFICANTE DESCONOCIDO: EL GRAN DESCONOCIDO

Dios es Amor, todo Dios es todo Amor.

El Padre es engendrar: es el Amor engendrando.

El Hijo es ser engendrado: es el Amor engendrado.

El Espíritu Santo es el Anhelo, el Abrazo, el Beso, el Fervor del Amor que siendo idéntico se diversifica personalmente y vuelve a reunirse y gozar de la unidad.

Naturalmente, por el carácter propio de su ser personal, toda su Personalidad parece quedar en darnos a conocer al Padre y al Hijo, El Padre es el Foco, el Hijo la Luz, el Espíritu Santo como un brillo especial. El Padre es el término, el Hijo el camino, el Espíritu Santo la fuerza y fervor en el andar. Siempre aparece como haciendo resaltar al Padre y al Hijo.

¿Quién considera un beso y no más bien las personas que se besan? Por lo mismo hemos de insistir más y más en que se nos infunda el Espíritu Santo, que nos hará más del Padre en el Hijo.

IX

EL ESPIRITU SANTO PRINCIPIO DE FECUNDIDAD ESPIRITUAL

El Espíritu Santo formó en el seno de la Virgen a Cristo. Así ahora lo forma en las almas.

Señal de su presencia, de que se está ejerciendo esa fecundación íntima del alma «et sui roris intima aspersione foecundet» que pide la Iglesia en la última oración de su misa) es la *instintiva* percepción de lo que es bueno para el alma y de lo que le es pernicioso. Al decir qué es instintiva, quiere significarse que es sin discurrir ni saber hallar razones. Esto lo expone admirablemente el Bto. Ávila comparando al alma que posee al celestial Enviado y huésped nupcial a una mujer encinta; y las otras almas a las niñas que no tienen ninguna preocupación.

La vida divina en cada uno es una reproducción algo más que imitativa de la Encarnación, Vida y Pasión del Hijo. Y así como el Verbo se encarnó por obra del Espíritu Santo, y cuanto obró en vida fue llevado por el Espíritu Santo, y a la Cruz subió también por el Espíritu de Amor; así también nos infiliamos, comenzamos y somos hijos de Dios en su Hijo por la acción del Espíritu Santo (a través de la Virgen). Y se forma Cristo en nosotros sus miembros por la misma acción y somos crucificados y victimados por la misma acción del Santo Espíritu.

Por lo mismo, en la actuación apostólica, ordenada a producir a Cristo y conservarlo en las almas, la única actividad eficaz es del Espíritu Santo, que se sirve de los hombres como de instrumentos. Por eso «non in persuasibilibus humanae sapientiae verbis, sed in ostensione *spiritus* et *virtutis*». No está el éxito en las retóricas y medios de prudencia humana sino en la manifestación en que aparezca y actúe la fuerza del espíritu.

CARTAS

I

QUÉ SE ENTIENDE POR CORAZÓN

1

Mis queridas cuatro, hijas mías en nuestro Corazón de Jesús: La noche pasada me puse a escribiros a todas juntas, pero me sentía cansado y nervioso y no tuve energía suficiente para vencerme y terminar la carta. De todos modos como ha de salir mañana, voy a ver si os hablo un rato ahora antes de salir hacia Genzano.

Vamos a decir algo sobre lo del *cuadernito*. Os confieso que al volverlo a releer, si bien me gusta, siempre me parece que podría decirse mejor y que no acierto nunca a explicar todo lo que siento.

Comienzo allí por explicar lo que entendemos por *corazón* de una persona. Pero ¿a qué viene esto? Pues sencillamente, que es una pena muy grande ver que tantas familias, tantos edificios públicos y sociedades, tantos municipios y hasta la nación hayan entronizado oficialmente al Corazón Divino, y en realidad sea tan reducido todavía el influjo del Sagrado Corazón en donde se ha entronizado y proclamado rey, con tanta fiesta y tanto aparato externo. La causa íntima de que no obtenga el reinado de Cristo su influencia total, es sin duda el habernos preocupado más de la fiesta exterior, de seguir la moda corriente entre la gente piadosa, que de conformar nuestra vida toda y sujetarla a las exigencias y leyes del reino de Jesu-Cristo. Bueno es, y debemos procurarlo porque todo se lo merece y lo exige nuestro Amor Jesús, que se le rinda culto público, familiar y social, y que cada individuo honre exteriormente al Sacratísimo Corazón de Jesús lo mejor que sepa y pueda. El Corazón Divino tiene derecho inalienable, esencial, a este culto y sumisión externa del individuo, de la familia y de la sociedad en todas sus formas; y el hombre tiene la obligación estrecha de venerar y dar culto y someterse exteriormente en *todas* sus actividades al Corazón del Hijo de Dios, Rey y centro de toda la creación. Pero todo esto no basta; desaparece facilísimamente; se olvida; se contradice en la práctica, según demuestra la experiencia. ¿Por qué? Porque el culto externo sin la interna sumisión es una planta arrancada de la tierra propia e indispensable. No es malo, sino que es muy bueno y necesario y urgente el multiplicar las imágenes del Corazón de Jesús y procurar que no haya Individuo, ni familia, ni sociedad, ni Estado, ni nación que no tenga proclamada y reconocida y oficialmente, externamente, entronizada la Realeza de Cristo, que reina por su Corazón. Pero es menester que dicha entronización vaya precedida o a lo menos acompañada y seguida del reinado de Cristo en los corazones de los individuos, en las relaciones familiares, en las leyes de sociedad, en las de la nación. Si lo está en los corazones de los individuos, necesariamente llegará a estar

infiltrada la soberanía de Cristo en la familia y sociedad. Por esto es urgentísimo propagar la devoción al Corazón Divino, Rey y centro de todos los corazones, para que sea efectivo su reinado total. ¡La *devoción* al Corazón divino no es otra cosa que la *consagración* absoluta, plenísima, del individuo, de todo su ser corporal, espiritual, natural y sobrenatural al Amor de Dios, cuya plenitud posee el Corazón del Hijo! Devoción es igual que consagración, dedicación. Es la perfecta realización ante todo por el deseo y esfuerzo, después por la consecución por gracia y ayuda divina, del primer mandamiento de la Ley de Dios: «Amarás al Señor tu Dios, con todo tu corazón, con toda tu alma y con todas tus fuerzas».

Desde luego esa consagración arranca fundamentalmente del mero hecho de estar incorporados a Cristo con la gracia; pero es menester que la persona se *dé cuenta* de que está dedicada por el bautismo y las virtudes teologales infundidas con él, al Amor divino. Y no sólo se ha de dar cuenta, sino que se ha de abrazar reflexiva y conscientemente con esa consagración. El caer en la cuenta de ello y el esforzarse en realizarlo en sí mismo es comenzar a caminar por el camino de la perfección. Esto que siempre se ha requerido en los que quieren corresponder a lo que de nosotros pide el ser de cristianos, hoy día, desde la manifestación de lo que llamamos «la devoción al Sagrado Corazón» toma el nombre apropiado de «*consagración*». Y es el *acto* inicial de la vida de perfección. Un acto así de tanta importancia, no retractado, ya da un valor especial a nuestros sucesivos esfuerzos; pero su *eficacia* va diluyéndose si no se le reaviva. Es preciso repetir los actos de consagración, de modo que poco a poco todas nuestras acciones, palabras y sentimientos vayan impregnadas y penetradas de una absoluta dedicación al Amor de Dios. El acto de consagración, desde que Sta. Margarita y el Bto. La Colombière, lo realizaron juntos ha sido propagado en la Iglesia de Dios; y se ha predicado no siempre con debida intensidad su actuación continua. Si se ha predicado poco, tal vez se ha practicado menos; por eso devoción al Corazón Divino no ha producido todavía todo el fruto que cabía esperar de las gracias extraordinarias que el Señor le ha vinculado.

Os confieso, hijas mías, que éste fue para mí durante largos años un problema insoluble: presentar esa consagración al público de tal modo que se hiciera fácil de comprender su importancia y resultara atractiva. Creí haberlo encontrado cuando llegó a mi noticia que se estaba propagando una práctica de la devoción al Sagrado Corazón que se decía «*entronización del Divino Corazón en el propio*».

La dificultad de llevar a la práctica la consagración, que para obtener todos sus efectos, ha de ser actuada lo más continuamente posible, está en que se nos presenta como una pérdida de nuestra libertad e iniciativa a cuenta de promesas. Se ve, se palpa la dureza de la completa anulación de la propia voluntad para consagrarse únicamente a la voluntad de Cristo.

A los principiantes se les presenta como una dejación de todo para recibir *después*. Es verdad que, apenas se vence esa primera repugnancia y se dedica el alma por completo al Señor, comienzan las avenidas de gracias celestiales. El mismo dejarlo todo es ya una gracia inmensa; no sólo el dejarlo en *efecto*, sino el dejarlo en *afecto*, el desear dejarlo. Y esto que no es otra cosa que la abnegación y cruz, es menester predicarlo y predicarlo continuamente; y cuanto más claramente se propone, mayor es la eficacia de Dios en nuestra predicación. Pero hay poquísimos predicadores de la Cruz de Cristo, por lo mismo que creen que repele a

los hombres y también porque sus obras no son propias de gente crucificada. Porque la Cruz no puede predicarse decorosamente sino desde misma Cruz. No puede predicarse decorosamente, ni eficazmente con eficacia de santificación.

Bien; pero ¿cómo superar esas dificultades? Proponiendo la entronización del Corazón de Jesús en el propio corazón. Porque entonces no se predica simplemente el dejar el propio corazón *para recibir* DESPUÉS el Corazón de Cristo, sino que se predica el incorporarse el Divino Corazón *para dejar el propio*. Es un movimiento positivo de amor, de entrega y pérdida en Dios... La contrapartida es perder el propio corazón.

¿Puede ser esto? No sólo puede, sino que *debe* ser. Es preciso revestirnos de Cristo, insertarnos en Cristo, no tener otro corazón que el Suyo de Cristo. Tan preciso, que no podemos entrar en el Cielo si no tenemos el Corazón de Cristo en lugar del propio, de modo que digamos con S. Pablo: «Para mí el vivir es Cristo» y la vida se conoce por el latir del corazón. Si no late en nosotros el Corazón de Cristo, no es Cristo nuestra vida. Sólo así «estamos muertos y nuestra vida está escondida con Cristo en Dios».

Hijas mías: me está saliendo una plática demasiado retórica. Pero no quiero rasgar lo escrito. Os lo envío como está y otro día os hablaré de lo que se entiende por *corazón*. Adiós. Me llama el timbre del teléfono. Es el Padre Vidal. Adiós. Hasta pronto. Vuestro padre todo vuestro en Cristo.

J. A. S. SJ

Roma, 14 de Septiembre de 1933

2

En la carta común para las cuatro os hablaba de lo que significa la *consagración*, especialmente en la devoción al Corazón de Jesús, y creo que os decía que no sólo como *acto* decisivo, sino más aún como *sistema* y *método* o actuación vital, era indispensable para la vida de perfección. Después creo recordar que os decía que, dentro de la devoción al Corazón divino de nuestro Jesús, se me había presentado a mí como el mejor modo de hacerla sentir y practicar, el concebirla como una *entronización* del Corazón de Jesús en el propio corazón. Y me parece que terminaba preguntando qué se entendía por *corazón*. Por ahí comienza el cuadernito. Ya veis, hijas, que soy incorregible y que cuando voy a retocar mis escritos, me salen nuevas ocurrencias. Resulto al fin pesado e inacabable. Pero, en fin, vamos a ver lo que el Divino Corazón de nuestro Jesús quiere deciros esta noche, como si hiciéramos Hora Santa juntos. Así lo imagino yo, mientras en la presencia del Señor voy escribiendo estos renglones.

Para Juzgar si una persona vive, se ausculta el corazón. Si late, vive todavía. Este que es el criterio para la vida animal, es igualmente el criterio para la vida humana, de hombre, y para la vida sobrenatural. Cada vida supone un corazón. La vida material un corazón

material. ¿Cuál es el corazón de las otras vidas? Se saca por comparación con lo que el corazón material es para los animales que lo tienen (todos lo tienen en una u otra forma). A juicio de todos, el corazón puede llamarse la fuente de la vida, la causa de la vitalidad animal, de alguna manera. Con sus movimientos impulsa la sangre hacia los pulmones para purificarse y oxigenarse, y hacia todas las regiones del cuerpo para alimentarlas. La sangre es la que vigoriza y mantiene todo el cuerpo; y la sangre circula gracias al corazón. Del corazón sale la sangre, buena o mala, hacia los miembros. Pero además, los grandes afectos tienen influencia innegable sobre el corazón. Ya en los mismos animales; pero mucho más en el hombre. El miedo, la angustia, el dolor, la tristeza, la alegría, la envidia, el odio, el amor, todas las pasiones comunican al corazón un ritmo especial y característico. De aquí ha pasado, en virtud de la observación de los hombres, a constituir una porción de frases pasionales referidas al corazón. Se dice: «Tiene el miedo en el corazón; el corazón se me encoge por la tristeza o la angustia; la envidia le come el corazón; el corazón me salta de alegría; etc., etc.», y son innumerables las frases amorosas en las que el corazón figura como elemento fundamental. Naturalmente como las pasiones son las fuerzas que llevan a la acción y mantienen o apartan de ella, y teniéndose el corazón como la sede de las pasiones, al corazón se atribuyen las acciones buenas o malas que el hombre realiza. «Tiene buen corazón, un corazón de oro, mal corazón, un corazón corrompido... » En este sentido dice Jesu-Cristo que del corazón salen los homicidios, fornicaciones, etc.; en fin todo lo que mancha al hombre.

Pero conviene que distingamos bien y determinemos para nuestro uso espiritual de qué está constituido ese *corazón*, del cual salen las buenas y malas acciones. Para esto, notemos que en cada uno de nosotros existen dos fuerzas, mejor dicho, dos conjuntos de fuerzas, que constituyen dos mundos o regiones que no se confunden pero tampoco pueden separarse del todo: las reflexivas o conscientes, y las irracionales o inconscientes. Todos los hombres por degenerados que sean, suelen tener ciertos principios o normas, a los cuales sujetan cuanto pueden y cuando pueden o quieren sus acciones externas e internas. Reflexiva y conscientemente hacen ciertas acciones o dejan otras, para conformarse con aquellos principios o normas. Si se les pregunta por qué hacen esto o dejan de hacer lo otro, cuando han procedido reflexivamente, nos darán como respuesta alguno de esos principios. Ese conjunto de máximas o principios, que cada uno tiene más o menos rectamente, constituye la personalidad que el individuo *quiere* tener ante su conciencia y ante la apreciación de los demás. No pocas veces no consigue acomodar sus acciones a tales principios, o no lo quiere, o no se preocupa de ello sea por distracción sea por falta de valor para dominarse. Cuando el hombre no logra sujetarse a tales principios sea por lo que fuere, obra o deja de obrar llevado por otra clase de fuerzas que podríamos llamar irracionales o inconscientes. Estas otras fuerzas (pensamientos, afectos, tendencias, deseos, imágenes, sentimientos, etc., etc.) que son inconscientes por lo general y espontáneas al no vigilarnos, constituyen la personalidad característica, la que mejor revela la clase de persona que es cada uno, el *corazón* que tiene. Son dos mundos, como decía, que no siempre coinciden ni se distinguen del todo. En la gente animalizada, éste segundo predomina sobre el primero, y tal vez lo absorbe e invade todo, de manera que casi no tiene principios o normas superiores a los apetitos naturales, sino que consciente e inconscientemente siempre sigue lo que le viene mejor a su animalidad. A lo más quedan ciertos principios de urbanidad y convivencia social, a los que se acomoda en cuanto puede sin gran molestia. En cambio, a medida que se hace el hombre más dueño de sí mismo, más espiritual, disminuye también la diferencia entre esos dos mundos, pero no

rebajando la nobleza del consciente, sino procurando que cada vez el inconsciente desaparezca más y más, y se absorba en el otro, de modo que ni por sorpresa, a ser posible, obre alguna vez distinto de como exigen las ideas y sentimientos que tiene reflexivamente. Creo que el Padre Rodríguez pone, y muy acertadamente, como indicio de haber alcanzado esta meta, el no tener sueños que no sean conformes a las ideas que uno reflexivamente profesa. Porque en el sueño obra nuestra naturaleza, según la costumbre adquirida ya plenamente y en cierta manera consubstanciada: si está viva todavía, si está ya muerta, como tal aparece. Hay muchísimas personas, hijas mías, muy buenas, que son muy distintas en su mundo interior espontáneo y en lo que realmente desean llegar a ser.

El conjunto de pensamientos, afectos, tendencias, sentimientos, etc., espontáneos, irreflexivos, inconscientes es lo que entiendo por CORAZÓN, tratándose de la vida humana, racional y sobrenatural. De este corazón es del que dice Jesu-Cristo que lo tenemos allí donde está nuestro tesoro. Ese corazón es el *hombre viejo*, el *antiguo Adán*, del que habla San Pablo y del que dice que nos hemos de despojar; el *fermento viejo* que hemos de echar lejos de nosotros. Todo el trabajo de nuestra vida espiritual está en formarnos un mundo de afectos, sentimientos e ideas espirituales (que es el *corazón limpio* que pedimos nos conceda el Señor, en el Miserere, como corazón nuevo: «corazón limpio *crea* en mí, Señor») y vivirlos reflexivamente, con intensidad, con la mayor actuación posible hasta que domine toda nuestra vida consciente (y entonces no habrá pecados y cada vez menos imperfecciones en nuestro proceder), cuyos límites hemos de procurar ensanchar de continuo, de manera que cada día sean menos las acciones impensadas, espontáneas (en mal sentido), inconscientes, hasta que se apoderen completamente de nuestro mundo interior, de nuestro corazón, llegando a lo que San Pablo dice : ora comáis ora bebáis, durmiendo o despiertos, siempre viviendo en pura acción de gracias, en una continua oblación.

Para conocer la CLASE de *corazón* que tenemos o sea cuál es nuestro tesoro, el mismo Jesu-Cristo nos da el medio: debemos examinar en qué cosas nos ocupamos espontáneamente, qué cosas pensamos, qué deseamos, qué queremos, etc., etc. Esos objetos marcarán qué género de corazón tenemos. «Donde quiera que esté el cuerpo muerto, allá van las águilas.»

¡Qué soso me ha salido hoy esto! Son las doce y media. Estoy tentado de rasgarlo; pero no lo hago, lo dejo a vuestra discreción.

Perdonadme, hijas mías. ¡Con los deseos que siento de expansionarme con vosotras! Mirando lo último que llevo escrito se me ocurre, que él Corazón de Jesús, participado por vosotras, visto en vosotras y en mí, es mi tesoro. En El está fijo mi amor todo. Vosotras también tenéis vuestro corazón en el de Cristo que veis en mi pobre persona. Que Él nos bendiga y nos inflame en su amor a todos. Adiós, hijas mías. Vuestro siempre en Cristo Jesús.

J. A. S.

II

ENTRONIZACIÓN DEL CORAZÓN DE JESÚS EN EL PROPIO CORAZÓN

3

Me encuentro un poco más descansado esta noche y voy a ver si puedo escribiros algo sobre la materia de la entronización, continuando las otras dos cartas que os escribí. Que el divino Corazón se apodere de vosotras y de mí tan completamente que desaparezcamos y nos perdamos en Él y ya nadie vea en nosotros a Tal o Cual sino que *sienta* enseguida la presencia y acción divina.

En mi penúltima os hablaba de lo que se entiende por *corazón*, o sea el conjunto de sentimientos, tendencias, afectos, etc., que domina nuestras acciones, refiriéndome principalmente a los sentimientos, tendencias, etc., que tenemos casi sin darnos cuenta, muchas veces contra las ideas y sentimientos que voluntariamente ejercitamos o profesamos ejercitar. Es un mundo inconfesable y en gran parte desconocido de nosotros mismos. Y creo que os decía que todo el problema está en llegar a vivir tan fuertemente, tan continuamente, con tanta y tan continua reflexión las ideas buenas y santas, que absorban por entero todo el mundo de imágenes, sentimientos, tendencias, etc., inconscientes de modo que ni en sueños (que es cuando mejor se revela lo que naturalmente, espontáneamente, seríamos) ni en los ratos libres del día (esos paréntesis largos: yendo por la calle, haciendo un trabajo material, comiendo, etc., etc.) tengamos el pensamiento y la voluntad ocupada en otra cosa que en lo sobrenatural, y más particularmente en conocer amando y amar conociendo a Dios, en vivir pegados a Él como la yedra al árbol.

Si examinamos muchas veces sorprendiéndonos durante el día en qué pensamos cuando vulgarmente decimos que no pensamos en nada, qué deseamos, qué imaginamos; si miramos la ocupación que elegimos así que tenemos libertad para escoger; en qué empleamos los tiempos libres; si espontáneamente vamos o no al sagrario, al libro piadoso, a la conversación piadosa; etc., etc.; reconoceremos pronto al menos que nuestro *corazón*, en el sentido que dijimos, no es de Dios y para Dios, y luego sabremos también la *clase* de corazón que tenemos por la clase de objetos que lo ocupan: nosotros mismos, nuestra comodidad, nuestra fama, nuestro deseo de ser estimados, cosas, personas, obras no de la gloria de Dios... En resumidas cuentas: descubriremos el *corazón terreno*; («de piedra» como dice la Sda. Escritura) que tenemos, lo animalizados que estamos todavía, según aquello que dice S. Pablo: «El hombre animal no percibe, no se da cuenta de lo que es del espíritu». Porque veremos que somos muy sensibles a los cariños de las criaturas, a los desprecios, a la estima; muy dejados y perezosos y enemigos de la continuidad y esfuerzo; muy preocupados por pequeñeces y trivialidades; muy aficionados a comodidades, a la libertad, a hacer y escoger lo que nos gusta y a huir de lo que nos molesta o cansa o es enojoso o antipático; y en cambio no acertamos a ver la voz y voluntad divina en cien mil ocasiones pequeñas que desperdiciamos locamente; no vemos la obra maravillosa de Dios en las almas; no buscamos

la voluntad divina contrariando nuestros gustos, abrazándonos con la humillación, venciendo la pereza y comodismo; no aprovechamos innumerables instantes preciosos para alabar y dar gracias y amar a Dios que se esconde en las criaturas, en los acontecimientos, en nuestro pecho para que le busquemos y estemos con Él como nos encarga por San Pablo «tanto si coméis como si bebéis» en cualquier ocupación siempre viviendo en acción de gracias; quiero significar la preciosa regla 17*, o sea el cuarto punto de la contemplación para alcanzar amor**.

Las personas que se dedican a ser buenas y aun las que profesan vida de perfección, por medio de lecturas, de meditaciones, evitando los malos pensamientos, procurando ocupar la mente y el corazón en las cosas de Dios, y sobre todo con el espíritu de oración y la dependencia de Dios, van con mayor o menor rapidez, con adelantos y retrocesos, poblando su mundo interior de imaginaciones, pensamientos y deseos buenos, van olvidando, lo malo y viviendo reflexivamente y poco a poco hasta inconscientemente en un mundo de ideas y sentimientos buenos o a lo menos no pecaminosos. Son muy pocos los que no sólo procuran evitar lo pecaminoso (mortal o venial) sino aún lo defectuoso o desordenado, lo indiferente, lo que no va directamente a Dios. ¡Y con todo, esto es necesario para la vida de unión con Dios, para llegar a la perfección! No es de maravillar que sean tan pocos. Ante todo es una labor durísima el renunciar a los ratos libres y descansos interiores, el entretener siempre mientras se da uno cuenta y procurando por otra parte estar siempre sobre sí y dándose cuenta, el pensamiento y corazón en Dios. Por lo difícil que es contrariar tan continuamente la propia dejadez y mantenerse atento al Señor y a cumplir su voluntad santísima en todo instante, es por lo que aun los que han llegado a oír y entender la necesidad de salir de sí mismos y ocuparse únicamente de Dios, procuran justificar su abandono interior a los pensamientos y sentimientos no pecaminosos, indiferentes; y se contentan ellos y sus Directores espirituales con rechazar lo que positivamente les puede apartar de Dios, dándose cuenta. A lo más, por consejo de su director, llevan examen particular de la presencia de Dios, sin que entiendan lo que significa ésta, contentándose con rectificar la intención unas cuantas veces por la mañana y por la tarde. Y así pasan años y años...

La experiencia me lo ha enseñado en no pocas personas dedicadas a Dios. O no se lo dicen o no caen en la cuenta del secreto de ocupar y llenar de Dios toda nuestra vida consciente e inconsciente. Nuestras potencias y sentidos interiores son molinos que funcionan constantemente, dándonos o no dándonos cuenta. Es verdad que solo atiende el Señor a lo que molemos cuando nos damos y eso es lo que sirve para la vida o muerte eterna. Pero para la perfección es preciso no sólo que cuando estamos alerta molamos buena harina, sino que estemos alerta lo más continuamente posible, hasta llegar a moler continuamente la mejor harina.

Para algunos la atención continua (la presencia de Dios continua) quizás sea fisiológicamente imposible (creo que no; pero, en fin, para no aumentar dificultades, dejémoslo correr); pero éstos por lo menos han de esforzarse en que, cuando se den cuenta, vivan con mucha intensidad los pensamientos e imágenes santas; han de procurar leer y saborear libros piadosos; hablar de cosas espirituales; y, sobre todo, trabajar con rectitud de intención y ser fidelísimos en algunas prácticas de piedad. Pero muchos otros pueden, y por consiguiente deben, trabajar con mayor empeño en desterrar de sí todos los tiempos libres, todos los desahogos y descansos Interiores...

¡Tarea de todos modos indispensable e... imposible! si, ¡imposible! Absolutamente imposible sin una gracia especial del Señor, que hemos de impetrar con la oración humilde y confiada. Equivale a cambiar nuestro corazón de piedra por un corazón de carne, es decir, sensible a lo espiritual. Hay infinitamente menos diferencia entre una piedra y un corazón de carne, que entre un corazón carnal y un corazón sobrenatural. Y corazón sensible a lo sobrenatural, corazón que no pierde nunca la percepción de la voluntad divina, corazón divinizado no lo hay ninguno más que el que ha dejado de ser lo que era: el centro y nido de los afectos, tendencias y deseos naturalizantes, animalizantes para quedarse en mero receptáculo de los afectos, tendencias, sentimientos, etc., del Corazón de Jesús; el que deja de ser *motor* e inspirador de la vida de la persona para que lo sea el Corazón de Jesús. Es preciso que nuestro corazón desaparezca como corazón propio, y sea nuestro corazón, el Corazón divino. ¿Es esto posible? ¡¡Es absolutamente indispensable!! Como que es la pura realidad.

Todos los que estamos en gracia, recibimos el influjo y acción del Corazón amorosísimo de Cristo, pero no nos damos cuenta de ello o nos damos cuenta demasiado pocas veces. El darnos cuenta y vivirlo es aumentar los puntos de enlace con esa fuente de vida sobrenatural, hasta que se alcanza una especie de identificación nuestra con Cristo, de modo que no queda en nosotros nada que no lo hayamos perdido primero y reencontrado después en Cristo. Perdemos completamente, ahogarnos, anegarnos, aniquilarnos, es decir: negarnos siempre y en todo; y encontrarnos renovados, divinizados en Cristo! «El que quisiere salvar su alma, la perderá.» Sí; el que se está muy pegado a sí mismo, a su propia voluntad, a su propio interés, a su fama, a su comodidad, a sus riquezas, a su honor, todo lo perderá. «En cambio, el que la perdiere, la encontrará.» Esta preciosísima sentencia de Cristo en el Evangelio es como aquella otra del Kempis: «Déjalo todo y lo hallarás todo» porque me tendrás a mí, tu Dios, que lo soy todo.

¡Si pudiésemos arrancarnos el corazón de una vez, y colocar en nuestro pecho y conservar para siempre el Corazón de Jesús! En un instante habríamos alcanzado lo que es, según os tengo explicado, hijas mías, una necesidad y una imposibilidad. ¡Quién pudiera recibir el favor de San Miguel de los Santos a quien Jesús le arranco su corazón y se lo cambió por el Suyo? ¡Entonces tendríamos los sentimientos divinos de Jesús, los *mismos* sentimientos! ¿Esto *puede* ser? ¿Esto *debe* ser!

Veo que se me acaba este papel y son las doce y cuarto... mañana, en otra carta, hablaremos de lo que sigue. No sé cómo quedará el cuadernito con estos comentarios.

Adiós. Vuestro en JHS.

J. A. S.

Roma, Septiembre 1933

*) Todos se esfuercen de tener la intención recta, no solamente acerca del estado de su vida, pero aún de todas cosas particulares; siempre pretendiendo en ellas puramente el servir y complacer a la Divina Bondad por sí misma, y por el amor y beneficios tan singulares en que nos previno, más que por temor de penas, ni esperanza de premio (aunque de esto deben también ayudarse); y en todas las

cosas busquen a Dios N. Señor, apartando cuanto es posible de Sí El amor de todas las criaturas, por ponerle en el Criador de ellas, a Él en todas amando, y a todas en El, conforme a su santísima y divina voluntad.

**) El cuarto, mirar como todos los bienes y dones descienden de arriba, así como la medida potencia de la suma e infinita de arriba; y así justicia, bondad, piedad, misericordia, etc. así como del sol descienden los rayos, de la fuente las aguas, etc.

4

...La noche pasada os escribí una carta prosiguiendo la explicación del cuadernito. Pero me queda la aprensión que me repito. Vosotras veréis de componerlo y arreglaros con estas *latas*... Como esas barracas, hechas con ramas, pedazos de cajones y latas, construís vosotras con los materiales de mis pobres repeticiones también unas barraquitas espirituales para recibir al Señor bajo techado...

Creo que os escribí acerca del modo de reconocer cual es nuestro corazón y os dije que era necesario cambiarlo por el de Jesús. El Corazón de nuestro Jesús se define, hijas mías, como el nuestro, como todo corazón: es el conjunto de imágenes, ideas, sentimientos, tendencias, afectos, etc., etc., que nos guía habitual e instintivamente en nuestra vida; conjunto que en Cristo coincide exactamente con las ideas y sentimientos conscientes, porque en Cristo no hay nada inconsciente. Vivía Cristo íntegramente su vida, dándose cuenta y dedicándola de continuo y desde su misma esencia a la gloria y expansión de la divina voluntad. Ahora que, así como en nosotros, así también en Jesús las emociones, sentimientos, pasiones, etc., se manifiestan de un modo especialísimo e innegable en el Corazón; y por esto su Corazón de carne es el símbolo más adecuado, como en nosotros, de todo ese mundo del sentimiento, singularmente del amor, porque al amor se reducen o a lo menos se subordinan todas las demás actividades humanas conscientes o no.

Es preciso, hijas mías de mi Corazón, es indispensable que nos despojemos completamente de todo el conjunto de sentimientos que constituyen nuestro corazón *animalizado*, o sea, como dice San Pablo, del hombre viejo, del viejo Adán terreno; y que nos revistamos, insertemos, implantemos, hundamos y aneguemos en el océano del Corazón de Cristo, nuestro centro y nuestra vida. Una vez perdidos en El, como se pierde un vaso de agua arrojada al mar, adquiriremos las propiedades, es decir, los sentimientos propios de Cristo, tendremos los *mismos* sentimientos.

Bien conocéis, hijas mías, la doctrina del Cuerpo misterioso de Cristo Jesús que el mismo Señor nos enseñó en San Juan con la comparación de la vid y los sarmientos y que después desarrolló San Pablo con la del cuerpo humano viviente. Pues por esta comparación se comprende lo verdad que es que, al estar en gracia de Dios, somos miembros vivos de ese Cuerpo, cuya alma es el Espíritu Santo y cuyo Corazón no puede ser otro que el de Cristo Señor nuestro. Así, pues, como en el cuerpo humano los sentimientos, tendencias, etc., son comunes a todo el ser, y no pueden ser diferentes en cada miembro; así tampoco en el Cuerpo

misterioso de Cristo puede sentir una cosa el pie, otra la mano, otra la cabeza, sino que todo el Cristo tiene una misma manera de pensar, de sentir y de obrar. Si alguna piensa de otra manera de lo que piensa Cristo, si alguno desea cosas contrarias o distintas a las que desea Cristo, ¿no está con esto demostrando que comienza ya a dejar de ser miembro de ese Cuerpo, si no lo ha dejado ya? Puede acomodarse a esto perfectamente y, a lo que yo creo, lo significa en realidad aquel texto de San Pablo a los Corintios en la carta primera, Cap. 12, desde el versículo 15 y mejor aún desde el 21 *. Porque el creer que uno ha de ser el miembro principal, y quejarse porque se es pie y no mano, no mirando el bien total, no es un modo de ver propio de la persona, ni puede serlo del miembro que verdaderamente comprende que es miembro y nada más, y vive conformado con eso. Es preciso dejar por consiguiente toda aspiración, toda tendencia, todo sentimiento que se separe o distinga de los que son propios de todo el Cuerpo; que son los que brotan del Corazón de Cristo, que es el único Corazón de este Cuerpo y, por consiguiente de sus miembros.

Y para conocer cuáles son esos sentimientos que reinan en el Corazón *nuestro* (y cada uno hemos de decir: en el Corazón mío) de Jesús y que deben ser los de todos y cada uno de los miembros, San Pablo nos lo ha resumido admirablemente en aquel texto precioso de la Epístola a los Filipenses Cap. 2, desde el versículo 5**, que creo que comente en mi carta a X.

Muchas veces San Pablo habla de los sentimientos que son propios del Corazón de Jesús. Como todo Él es amor, puesto que tiene la plenitud del Espíritu Santo que es Amor esencial, los sentimientos de Cristo son los que San Pablo asigna a la caridad, cuando dice en la carta primera a los Corintios, Cap. 13 desde el v. 4: «La caridad es paciente, es benigna. La caridad no es envidiosa, no obra temerariamente, ni es inflada; no es ambiciosa, no busca su propio interés; no se irrita, no atribuye o imputa el mal; no se alegra en la injusticia sino que se complace en la verdad; todo lo sufre, todo lo cree, todo lo espera, todo lo soporta.» Y en la carta a los Colosenses, Cap. 3 desde el v. 12 lo resume con estas palabras: «Revestíos, pues; como escogidos de Dios, santos y estimados, entrañas (en la Sda. Escritura equivale a lo que significamos en castellano con la palabra corazón) de misericordia, de benignidad, de humildad, de mansedumbre, de paciencia; soportándoos mutuamente y perdonándoos los unos a los otros, si alguno tiene queja de otro; como el Señor os ha perdonado a vosotros, así también vosotros perdonad; pero sobre todo esto, tened caridad que es vínculo de perfección; y que la paz de Cristo reine en vuestros corazones, a la cual habéis sido llamados como miembros de un mismo cuerpo; y sed agradecidos.» Antes de esto, describe también el apóstol, los afectos, sentimientos y tendencias, propios del corazón humano y carnal (Cap. e, v. 5 siguientes) ***. Un pasaje parecido que os será muy provechoso leer y meditar es el de la carta a los Gálatas, Cap. 5, desde el vers. 16****.

En San Pablo es continuo el hablar de nuestra vida en Cristo y por consiguiente de la muerte a nuestra vida de animalidad y de carne y de mundo.

Adiós. Vuestro siempre en Cristo Jesús.

J. A. S.

*) Si dijere el pie: «puesto que no soy mano no soy del cuerpo», no por eso deja de ser del cuerpo. Y si dijera el oído: «puesto que no soy ojo, no soy del cuerpo», no por eso deja de ser del cuerpo. Si todo el cuerpo fuera ojo. ¿Dónde estaría el oído? Y si todo oído, ¿dónde el olfato? Mas ahora Dios ha colocado los miembros, cada uno de ellos en el cuerpo como ha querido. Que si fueran todos ellos un solo miembro, ¿dónde estaría el cuerpo? Mas ahora muchos son los miembros, uno empero es el cuerpo. Ni puede el ojo decir a la mano: «No te necesito»: ni tampoco la cabeza a los pies: «No me sois necesarios». Antes bien, los miembros del cuerpo que parecen ser más necesarios. Y los que pensamos ser más viles en el cuerpo, a esos los rodeamos de mayor honor y a los más indecorosos en nosotros, los tratamos con mayor decoro. Que los honestos en nosotros no lo necesitan. Mas Dios atemperó el cuerpo, dando mayor honor a lo que más lo necesitaba, a fin de que no haya escisión en el cuerpo, sino que los miembros tengan la misma solicitud los unos de los otros, Y si padece un miembro, juntamente padecen todos los miembros; y si se goza un miembro, juntamente se gozan todos los miembros.

Y vosotros sois cuerpo de Cristo y miembros cada uno por su parte. Y a unos puso en la Iglesia primeramente Apóstoles, en segundo lugar profetas, en tercero doctores, luego milagros, luego gracias de curaciones, asistencias, gobiernos, variedades de lenguas. ¿Por ventura son todos Apóstoles? ¿Acaso todos profetas? ¿Acaso todos doctores? ¿Acaso todos obran milagros? ¿Acaso todos poseen gracias de curaciones? ¿Acaso todos hablan lenguas? ¿Acaso todos interpretan? Aspirad a los carismas más excelentes.

**) Tened en vosotros estos sentimientos, los mismos que en Cristo Jesús; el cual, subsistiendo en la forma de Dios, no consideró una presa arrebatada el ser al igual de Dios, sino que se anonadó a sí mismo, tomando forma de esclavo, hecho a semejanza de los hombres; y en su condición exterior presentándose como hombre, se abatió a sí mismo, hecho obediente hasta la muerte y muerte de cruz. Por lo cual a su vez Dios soberanamente le exaltó y le dio el nombre que es sobre todo nombre; para que en el nombre de Jesús se doble toda rodilla de los seres celestes y de los terrenales y de los infernales, y toda lengua confiese que Jesucristo es Señor en la gloria de Dios Padre.

***)) Mortificad pues los miembros terrenos; fornicación, impureza, pasión, concupiscencia mala, y la codicia que es una idolatría; por las cuales cosas viene la ira de Dios sobre los hijos de la rebeldía; en las cuales también vosotros anduvisteis un tiempo, cuando vivíais en ellas. Mas ahora deponed también vosotros todo eso: ira, cólera, malicia, maledicencia, palabras torpes de vuestra boca. No mintáis los unos a los otros: ya que os habéis despojado del hombre viejo con sus fechorías, y revestido del nuevo que se va renovando en orden al pleno conocimiento conforme a la imagen del que lo creó donde no hay griego ni judío, circuncisión e incircuncisión, bárbaro, escita, esclavo, libre: sino todas las cosas y en todos Cristo.

****)) Digo, pues; Caminad en espíritu, y no daréis satisfacción a la concupiscencia de la carne. Pues la carne codicia contra el espíritu, y el espíritu contra la carne; como que esas cosas son entre sí contrarias; de manera que no hagáis lo que queréis. Y si os dejáis llevar del espíritu, no estáis bajo el dominio de la ley. Y son patentes las obras de la carne; cuales son: fornicación, impureza, libertinaje; idolatría, hechicería, enemistades, contiendas, emulación enojos, provocaciones, banderías, sectas, envidias; embriagueces, comilonas y cosas semejantes a éstas; sobre las cuales os prevengo, como ya os previne, que los que hacen semejantes obras, no heredarán el reino de Dios. Más la fructificación del espíritu es caridad, gozo, paz, longanimidad, benignidad, bondad, fe, mansedumbre, continencia, contra tales cosas no hay ley que valga. los que son de Cristo, crucificaron la carne con las pasiones y concupiscencias. Si vivimos en espíritu, en espíritu también caminemos. No nos hagamos vanidosos, provocándonos unos a otros, envidiándonos unos otros.

Al explicar la entronización, cuando me acuerdo, suelo utilizar un texto que es de San Pablo a los Filipenses, Cap. 2, v. 5-10, el cual me gusta como ninguno porque resume admirablemente el plan de vida espiritual *cristiana* y los mejores métodos (yo creo que son los únicos, pero que cada cual disfraza y guisa a su manera, para hacer apetitosa la verdad), como se contienen en los Ejercicios Espirituales de San Ignacio. Con traducírselo tal como debe entenderse, Vd. verá enseguida cuanta materia de meditación contiene. Es así: «Y sentid en vosotros lo que os corresponde como a miembros de Cristo Jesús; el cual, existiendo en forma de Dios, no consideró como una presa esa su igualdad total con Dios, sino que se aniquiló tomando la forma de siervo, hecho semejante a los hombres y en lo exterior reconocido como hombre. Se humilló a sí mismo, hecho obediente hasta la muerte y muerte de cruz. Por cuyo motivo también Dios (Padre) le ensalzó y le dio un *nombre* (el de Hijo) que está sobre todo otro nombre, de modo que en el nombre de Jesús se doblen todas las rodillas de los que están en el cielo, en la tierra y en los infiernos, y toda lengua haya de confesar: Jesu-Cristo es Señor para gloria de Dios Padre.»

«Hemos de sentir lo que nos corresponde como a miembros de Cristo Jesús». Aquí está expresada admirablemente la entronización. Una vez hecha, ya no hemos de sentir lo que nos tocaría como Fulano o Zutano que éramos; sino como a miembros de Jesús. El que no tiene su corazón, sino el de Cristo, ha perdido toda posibilidad de sentir otra cosa que lo que el Divino Corazón siente. Porque en cada hombre, el que siente (se trata de afectos, pensamientos, deseos, etc.) no es el pie, ni la mano, sino que es la personalidad característica, que se define principalmente por el *mundo* del corazón. «Dime lo que amas y te diré lo que eres. Si amas tierra, eres tierra. Si amas carne, eres carne. Si amas oro, eres oro. Si amas a Dios, —me atrevo a decirlo —eres Dios». Creo que esto lo dice San Agustín; que no es más que repetir en otra forma lo que dijo Cristo: «Donde tienes tu tesoro, allí está tu corazón». Mi mano, mi pie, mi boca, etc., no piensa, ni siente, ni quiere, ni desea nada más que lo que mi corazón piensa, siente, quiere, desea.

Y cuáles son los sentimientos propios del Corazón, ya nuestro, de Jesu-Cristo? Dos son los que señala San Pablo, haciendo depender el uno del otro; como es verdad, que no hay más que esos dos sentimientos fundamentales y dependen uno del otro. El primero y principal es abnegación y renuncia de sí mismo, llevado hasta crucificarse enteramente que es el segundo y consecuencia del primero. Jesús no se aferró encarnizadamente a su dignidad divina, sino que, en cuanto Dios, se aniquiló en todo lo posible tomando la forma de siervo tan completamente que se le tomó por uno de tantos hombres. Hasta el Padre Celestial le tomó por uno de los hombres pecadores; no como pecador, pero sí como algo más, infinitamente más que pecador: le tomó como si tuviera acumulados en Sí todos los pecados de la humanidad; de manera que cuando el Padre miraba a su Hijo hecho hombre veía reunidos en Él todas las ofensas que los hombres le habían inferido y le habían de inferir. Y como la consecuencia natural del pecado es la muerte, como dice San Pablo, donde estaban tantos pecados allí había de acudir la muerte por orden de Dios. Y a esa orden de su Padre se sometió Cristo y aceptó cargar con las consecuencias del pecado, haciéndose obediente, es decir: renunciando a su voluntad para someterse al pecado y a sus consecuencias por amor de

su Padre. «Se abajó; se humilló, se hundió bajo el peso libremente aceptado, haciéndose obediente y aceptando no una muerte cualquiera sino la más infame, como correspondía a tanto pecado.»

Estos son los dos apoyos de la vida cristiana, que es de perfección, aunque muy pocos la alcanzan: abnegación y renuncia de la propia voluntad, y muerte a todo lo que halaga; renunciar a la propia voluntad y al propio gusto.

Pero no ha de ser renunciar por renunciar, mortificarse por mortificarse; el que hiciese eso, si fuese posible sin la gracia divina y por motivos naturales, no sería más que una piedra o un árbol, por no decir una bestia muerta y podrida. La renuncia a la propia voluntad no es más que el abrazarse con la divina siempre y en todo; de manera que no queramos más que lo que Dios quiere y porque Dios lo quiere. Como hacía Cristo en la oración del huerto. La mortificación de los propios gustos y honores no es más que el abrazarse con Cristo y en Cristo con las consecuencias del pecado (que es la muerte; y el muerto no tiene gustos ni honores ni le importa nada de lo que hagan consigo) sin tener nunca en cuenta la propia comodidad, etc.

Entrando en la práctica de estos *sentimientos* propios del Corazón de Cristo, por amor de Cristo y del Padre, el Padre nos da como a Cristo la dignidad de hijos suyos adoptivos en Cristo y formamos ya una sola cosa con el Hijo y el Padre nos abraza y recibe y nos presenta ante los cielos, la tierra y los infiernos para que todo se nos sujete y seamos *señores* de todo para su gloria. Porque el que se junta a Dios, desapareciendo en sí mismo y perdiéndose en Dios, forma un solo espíritu con Dios, como dice Cristo en San Juan. Y Dios es el Señor de todo; luego nosotros somos entonces, con Dios, señores de todo. Por eso a los que aman a Dios, todo les sale bien; como dice el Espíritu Santo, porque son una sola cosa, un solo espíritu con Dios y a Dios necesariamente todo le sale bien.

Estos dos sentimientos fundamentales: de abnegación y mortificación, son los que Cristo exige para seguirle: «Si alguno quiere venir en pos de mí, niéguese a sí mismo, tome su cruz, y sígame.»

Y son los que San Ignacio predica siempre en los Ejercicios comenzando desde el Principio y Fundamento, que dice que el hombre está en este mundo para cumplir siempre la voluntad divina; y que debe utilizar las criaturas no para su gusto, su comodidad, su honor, sino para servir mejor a Dios. Y lo repite muchas veces. Y en una parte dice imitando al Kempis: «Tanto aprovechará más el alma, cuanto más salga de su propio amor, querer e interés».

Aquí tiene Vd. lo que le repito de mis poquitas ideas que siempre van alrededor de lo mismo. Como ve, no sé acomodarme a las personas, sino que coloco mi disco, y allá va. Pero el Corazón de nuestro Jesús, a quien Vd. se entregó le dará a sentir sobre eso todo lo que se esconde y que yo explico tan pretenciosamente. Con mucha oración. Ese es el medio.

J.A.S.

III

MEDIOS PARA ALCANZARLO

6

...Esta mañana eché una carta común también, creo que la cuarta, acerca de la entronización con un pliego para X. Estoy un poquitín temeroso de cómo van saliéndome estas explicaciones, tal vez un poco descosidas; pero vosotras, hijas mías, ya perdonaréis a vuestro padre las repeticiones, a las que ya debéis estar acostumbradas.

Quisiera hablaros hoy (escribo por la tarde; he pasado la mañana acompañando en autobús a un grupo de peregrinos) de los medios para alcanzar ese cambio de corazón con el de Jesu-Cristo

El primero es el conocerse a fondo; el conocer cuál es nuestro corazón, qué clase de corazón tenemos. Ya creo que en otra carta os indico la manera de conocerlo, al definir lo que se entiende por tal. Todo el esfuerzo que se ponga en esto es poco. Pero enseguida conviene que os fijéis en que el conocimiento propio no ha de ser de manera que seamos nosotros mismos el objeto exclusivo. No. El conocimiento propio para ser bueno y apto para santificarnos y unirnos a Dios, ha de estar siempre simultáneamente y con una misma mirada penetrando la actuación nuestra y la divina en nosotros. No debemos estudiarnos como se estudia por el gusto de saberse y conocer las propias cualidades buenas y malas. Esto lo han hecho, lo hacen y lo deben hacer cuantos desean emprender alguna obra de importancia o han de elegir una carrera o ejercer algún cargo para no fracasar en sus empresas eligiéndolas por mera ambición o vanidad o gusto, sin contar con fuerzas y habilidades suficientes. Esto que es indispensable para las obras humanas, tiene algún valor, muy relativo y muy escaso, para la santidad propia; algo mayor para vocaciones de trato con prójimos; pero no basta, y, si no se eleva a un conocimiento sobrenatural, es muchas veces perjudicial al espíritu tanto por encontrarnos con grandes cualidades, como por hallarnos pobres y raquíticos: o sea por el peligro de soberbia o excesiva confianza en nuestras propias fuerzas o por el de desconfianza y pusilanimidad.

El conocimiento propio, que sirve para la vida de perfección, es el que atiende a la actuación nuestra para con Dios y la de Dios para con nosotros; de modo que al vernos a nosotros, no perdamos de vista a Dios. Conocernos así, es conocernos como criaturas y hechuras de Dios, barro que está modelando el Amor divino y que se resiste muchas, muchísimas veces a la acción divina. Al conocer estas resistencias nuestras, conocemos la raíz de las mismas, que es nuestra naturaleza no sólo en lo que tiene de común con todos los hombres sino en lo que tiene de particular en cada uno de nosotros. Es el conocimiento que tiene San Pablo de sí mismo; que primero es reflejo y buscado, y después ya es instintivo, es algo que se siente, aunque no se sepa definir, en virtud de lo cual el alma está de continuo sintiéndose pobre y miserable y como tal recibiendo graciosamente de Dios todo cuanto bueno se hace en ella. Por eso llega a gozarse en *sentirse* pobre, débil, miserable, incapaz de nada bueno, resistiendo siempre a la acción divina; no por lo que supone de malicia en sí, sino por lo que supone de acción amorosa de Dios para hacer algo bueno con alma tan flaca y pobre. «Cuanto más débil, tanto soy más poderoso. De corazón me glorío en mis flaquezas y

ruindades, para que resplandezca el poder y fuerza de Dios en mí... Soy el último de todos, pero he trabajado más que todos, no yo, sino la gracia de Dios en mí»... Si uno reconoce el abismo sobre el cual está sostenido, admira al mismo tiempo la fuerza del brazo que sobre él lo sostiene. Este conocimiento es la humildad; y quien tiene esta humildad, no tiene temor jamás de nada, porque se siente llevado y sostenido por Dios y sabe que Dios es la Omnipotencia, la Sabiduría y el Amor infinito. Tampoco puede tener nunca soberbia, porque *siente* (o mientras tanto que llega a ese sentimiento, reconoce íntimamente y por gracia de reflexión) que todo lo hace Dios en él y por él.

Este conocimiento de sí mismo, como pura *dependencia* de Dios, es el fundamento para una vida de entrega absoluta, de acción de gracias, de glorificación divina. Y ¿qué es el Corazón de Jesús sino una pura *dependencia* del Padre? ¿Qué sentimientos son los que definen el Corazón de nuestro Jesús, sino el de vaciarse y despojarse de todo y llenarse únicamente de sumisión, de reverencia, de acatamiento, de obediencia, de cruz...?

Ya os lo expliqué en la otra carta, a X. donde le hablaba de aquel texto magnífico. Porque, hijas mías, no hay mejor manera de adquirir ese conocimiento santo de uno mismo que conociendo íntimamente y comparando los sentimientos que nos corresponden como miembros de Cristo con los que en realidad tenemos. Por esto la mejor manera de conocernos es precisamente el penetrarnos bien de los sentimientos de Cristo, abrazarnos a ellos con nuestra voluntad y tratar de incorporármolos.

Porque entonces vemos lo lejos que estamos, la diferencia que hay, lo mucho que nos falta para llegar a ser y sentir como miembros de Cristo. De manera que el que parece segundo medio viene a ser el mejor modo de poner en práctica el primero.

Espontáneamente al *sentirnos* como una pura *dependencia* de Dios Nuestro Señor, al sentir que de nosotros no podemos nada más que lo malo y que lo bueno lo recibimos todo de Dios, se desarrollan en nosotros, vivimos intensamente, los sentimientos internos de adoración, acción de gracias oblación... Como lo nota San Pablo admirable y divinamente en la carta a los Colosenses (entre otros muchos textos) Cap. 3 desde el v. 15 principalmente en el 17*. Es decir: que una vez entrados en este conocimiento propio y de Cristo, que son los dos primeros medios (que vienen, como he dicho, a formar uno solo), la vida del alma se convierte en una perpetua plegaria, en una oración continua, en un gemir de petición sin cesar... Esta continuidad de la oración, como de la acción de gracias la recomienda instantemente el Apóstol San Pablo: acción de gracias y adoración, reconociendo el Amor y Poder de Dios que nos ha sustentado y quiere proseguir sosteniéndonos; y petición para que prosiga efectivamente sosteniéndonos.

Y como las cosas del espíritu van siempre simultáneamente y no puede decirse que unas son consecuencia de otras de modo que se deba comenzar por unas y seguir por las otras, sino que se influyen mutuamente y todas son causas y todas son efectos, a excepción del Amor que es «el vínculo de todas» y lo que no puede faltar, como explica San Pablo (1 Corintios, Cap. 13, desde el v. 1)**. Así que conviene desde el primer momento ejercitarse en esta vida de plegaria, de acción de gracias de dependencia divina de oblación y ofrecimiento, de conocimiento propio y de Dios. Una cosa es explicarlo, y otra el practicarlo. La explicación distingue partes; la práctica no distingue, sino que se lanza al Amor y por el

Amor, con el Amor y en el Amor pide, da gracias, adora, glorifica, se ofrece, sufre, conoce, sirve...

Esto mismo habéis de entender cuando digo que el cuarto medio para alcanzar la entronización del Corazón de Jesús en el propio corazón, medio de orden práctico, quiero decir, más bien como método de realizar los tres medios anteriores (que no son otra cosa en el fondo que el ejercicio de la entronización), consiste en vigilar sobre sí y sorprenderse muchas veces durante el día preguntándonos: «¿pensaría esto el Corazón de Jesús, querría esto, sentiría esto, se entretendría con eso? ¿Cómo haría esta obra el Corazón de Jesús? ¿Con qué perfección interior y exterior?» Y si encontramos que nuestros sentimientos, nuestras imaginaciones, nuestros deseos, nuestros pensamientos, no se conforman con los que son propios de Cristo, dejarlos y revestirnos de los de Cristo, por lo menos con la voluntad, abrazándonos *reflexivamente* con ellos, deseándolos, pidiéndolos... Este trabajo que, cuando el alma está ardientemente enamorada de Cristo, es fácil dentro de su dificultad natural, poco a poco irá modelando nuestro corazón y destrozando hasta las últimas fibras que se aparten del de Cristo, hasta que los sentimientos propios del Corazón divino nos vengán a ser tan connaturales y espontáneos e *instintivos* como nos lo es naturalmente nuestro corazón mientras vivimos vida humana y naturalista o animalizada.

Adiós, hijas mías. Todo vuestro siempre en Jesús.

J.A.S.

19 de Septiembre de 1933

*) Y la paz de Cristo mande en vuestros corazones, para la cual también fuisteis llamados en un solo cuerpo. Y mostraos agradecidos. La palabra de Cristo more en vosotros opulentamente, en toda sabiduría, enseñándoos y amonestándoos unos a otros, con salmos, himnos y cánticos espirituales, cantando con hacimiento de gracias en vuestros corazones a Dios. Y todo cuanto hicieris, de palabra, o de obra, hacedlo todo en el nombre del Señor Jesús, haciendo gracias a Dios Padre por mediación de Él.

**) Y todavía os muestro un camino sobre toda ponderación. Si hablare las lenguas de los hombres y de los ángeles, mas no tuviere caridad, no soy sino un bronce resonante o un címbalo estruendoso. Y si poseyere la profecía y conociere todos los misterios y toda la ciencia, y tuviere toda la fe hasta trasladar las montañas, mas no tuviere caridad, nada soy. Y si repartiere todos mis haberes, y si entregare mi cuerpo para ser abrasado, más no tuviere caridad, ningún provecho saco.

La caridad es sufrida, es benigna; la caridad no tiene celos, no se pavonea, no se infla, no traspasa el decoro, no busca lo suyo, no se exaspera, no toma a cuenta el mal. No se goza con la injusticia, antes se goza con la verdad. Todo lo disimula, todo lo cree, todo lo espera, todo lo tolera.

La caridad jamás perece; que si las profecías, se desvanecerán; que si las lenguas cesarán; que si la ciencia se desvanecerá. Porque parcialmente conocemos, y parcialmente profetizamos; más cuando viniere lo perfecto, lo parcial se desvanecerá. Cuando era yo niño, razonaba como niño. Mas en haciéndome hombre, me despojé de las niñerías, porque ahora vemos por medio de espejo en enigma; mas entonces, cara a cara. Ahora conozco parcialmente, entonces conoceré plenamente, al modo que yo mismo fui conocido. Ahora subsisten fe, esperanza, caridad, esas tres; más la mayor de ellas es la caridad.

IV

LA ENTRONIZACIÓN PRACTICA O CONSAGRACIÓN VIVIDA

7

Queridísimas hijas mías en nuestro Corazón de Jesús: Hoy día de Santa Margarita, voy a ver si continúo la explicación o comentario del *cuadernito*. Si me repito, ya os arreglaréis vosotras.

Me parece que os hablé la última vez de los medios para alcanzar la entronización del Corazón de Jesús en el propio corazón. El *cuadernito* habla ahora de la entronización práctica o consagración vivida.

Recordad ante todo lo que suele acontecer en las grandes transformaciones de nuestra vida sea interna sea externa. Porque, aunque por regla general se realicen con cierta gradación imperceptible, todas tienen algunos momentos o fechas que iniciaron o iluminaron bruscamente en nuestra vida la nueva senda y, por lo mismo, parecen haber sido horas decisivas en las que una gracia especial del Señor intervenía y nos vencía amorosa e irresistiblemente. Todos tenemos algunas de esas fechas memorables, que guardamos cuidadosamente y celebramos íntimamente, sirviéndonos su recuerdo de estímulo poderoso para activarnos (en el camino emprendido o en la situación espiritual, que entonces se creó en nosotros. Y como eso es tan connatural a la vida humana, por eso lo es en la vida de la gracia y se procura que lo sea en la vida oficial de perfección. Así la vocación inmediata a la vida de perfección, además de estar muchas veces, casi siempre, estrechamente vinculada a determinada circunstancia (una festividad, una lectura, un sermón, una conversación, una amistad, etc.) en algún momento llamativo, suele llevar a la persona, aún sin hacerse religiosa, a ciertos actos de íntima solemnidad, que se recuerdan siempre con emoción singular (votos privados, promesa de entregarse al Señor, propósitos de llevar con mayor empeño la vida de recogimiento negándose a ciertas tiranías del mundo, etc.); y si ha de entrar en religión, ésta escalona la definitiva incorporación con una serie de fechas de gran importancia individual (vestición de hábito, primeros votos, últimos votos, etc.). Es indudable que la memoria de estas gracias del Señor sirve maravillosamente en el tiempo siguiente para avivar en nosotros a lo menos la gratitud al amoroso Bienhechor, pero también generalmente nos restaura y como renueva y reproduce el estado espiritual que en aquella solemne ocasión sentimos. Y no sólo su memoria tiene una capital importancia, sino que el mismo establecimiento de esas fechas, cuando somos nosotros mismos quienes las escogemos para determinado fin espiritual o cambio de ruta interior, es de una eficacia extraordinaria. La experiencia constante lo demuestra; y en esa experiencia se funda la práctica indudable de todas las almas interiores.

Todo esto, que pudiera explanarse más, si hiciera falta (que para vosotras no lo creo), abona la utilidad de proceder en la vida de entronización de un modo parecido. Y aunque, desde que un alma entiende lo que es la entronización y siente atractivo hacia ella,

insensiblemente concibe deseos, que tienen inmediata repercusión en la vida interna y externa de santidad, reconcentrando más las potencias y reproduciendo en lo exterior más y más la fisonomía del Corazón de Cristo Jesús (mansedumbre, humildad, sencillez, sinceridad, abnegación, caridad, etc.); con todo, por lo antes dicho, es una práctica en cierto modo necesaria determinar una fecha, a partir de la cual, la persona se entrega con especial fervor y comenzando con un acto de íntima trascendencia a vivir la entronización o consagración absoluta.

Esto es lo que Santa Margarita y su director espiritual el Bto. La Colombière por expreso deseo del Corazón de Jesús realizaron, consagrándose en un mismo día y una misma hora al Divino Corazón.

Así la persona, que, movida interiormente a entronizar en su corazón el Corazón Sacratísimo de Jesús, quiere entrar con un acto decisivo que la empuje de continuo después del impulso inicial, al ser recordado, será bueno que dejándose llevar de su devoción y sentimientos, escoja una festividad eclesiástica, o un primer viernes de mes, u otra fecha cualquiera que coincida con otro momento trascendental de su vida (bautismo, primera comunión, primeros votos, etc.), con la aprobación de su director espiritual, si lo tiene, como generalmente se suele y es conveniente. Es muy a propósito el prepararse con un triduo, dedicando v. gr. cada día al santo de nuestra devoción, a San José y a la Santísima Virgen respectivamente, obsequiando y rogando a dichos patronos en su día de un modo especial para que sean intercesores y acudan a componer nuestro corazón y adornarlo para que verdaderamente desaparezca bajo la gloria y la santidad del Corazón de Jesu-Cristo, que lo ha de tomar por pedestal y trono suyo. Durante ese triduo ha de esmerarse la persona singularísimamente en las virtudes predilectas del Divino Corazón, que son las que más eficaz y silenciosamente aniquilan los brotes de la naturaleza, cuya raíz vamos a secar y descuajar definitivamente. Tales son la modestia sencilla y cordial, el silencio humilde y recogido, la mansedumbre, la dulzura, la sencillez, la humildad, la caridad... Virtudes todas que apagan y esconden para el mal, pecado o desorden, las cualidades naturales; y en cambio asimilan con suma eficacia y fecundidad dichas cualidades a la vida divina. En esos días se comulga y se ora y se hace penitencia con mayor empeño. Y, por fin, el día escogido, con una fórmula, que nos inspire mayor devoción, hecha por nosotros mismos y aprobada por el director, después inmediatamente de comulgar, entregarle a Jesu-Cristo nuestro corazón y pedirle el Suyo, poniendo en la petición y en la entrega toda nuestra energía y voluntad, toda nuestra sinceridad, todo nuestro amor. Como a otro propósito, muy semejante, nos hace decir S. Ignacio: «Hago mi oblación: que yo *quiero* y *deseo* y es mi DETERMINACION DELIBERADA...» No se trata, pues, de nada sensible en lo cual busquemos más bien nuestra satisfacción y dulzura. El Corazón de Jesús puede y suele dejar sentir su posesión y entrada decisiva en el nuestro. Y realmente suele obrar grandes cosas en las almas con esta ocasión.

De todos modos, con ser indispensable un acto de esta naturaleza para señalar un comienzo de vida divina más intensa, tengamos presente, hijas mías, que no es más que un acto, muy eficaz sí, pero un acto al fin y al cabo. Como os decía, el Corazón de nuestro Jesús suele hacerse sentir en esta ocasión; pero lo capital y lo que verdaderamente es la eficacia de esa entronización es el *vivirla* desde aquel momento. Es menester que esa entronización la renovemos cada día al comulgar, con el mismo espíritu de resolución, firmeza y sinceridad. Y no sólo al comulgar cada mañana hemos de renovar esa entrega y consagración,

suplicándole fervorosamente, con todo nuestro ser, como le suplicaban los discípulos de Emaús: «Quédate con nosotros, Señor, que la noche de las ocupaciones se me echa encima y se apaga la luz de vuestro día»; sino que hemos de renovarla con la mayor frecuencia durante el día. Y hasta es de aconsejar que una larga temporada se lleve cuenta de las veces que la renovamos, escogiendo una jaculatoria breve y sentida, una exhalación amorosa, un «¡Jesús mío! ¡Tuyo siempre!».

Pero además es preciso que desde el día y momento mismo de la entronización, inauguremos nuestra vida ordinaria procurando revestirnos de los sentimientos del Corazón Divino, que ha de ocupar, para todo, el lugar del nuestro. Y así hemos de proceder en todos nuestros actos, pensamientos, sentimientos, palabras, etc., con la santa ambición de ahogar lo nuestro y dejarnos invadir por el proceder de Cristo. ¿Haría esto así, pensaría esto, querría esto, sentiría esto, diría esto, etc., el Corazón de Jesús? es decir: Jesu-Cristo, cuyo Corazón es el mío? La experiencia me ha enseñado que el Divino Corazón, al menos por algún tiempo para dar un prelude de lo que vendrá a ser nuestra vida, suele infundir una especie de concentración y recogimiento, una especie de instinto *cristiano* que hace proceder *como si* efectivamente hubiésemos perdido nuestro corazón en el de Jesús. Pero hemos de prevenirnos para toda contingencia y ejercitarnos ya desde el principio en esa reflexión interior y procurar proceder, aunque no tengamos el sentimiento, *como si* tuviésemos el Corazón de Jesús en lugar del propio.

No tengo tiempo para más. Vuestro siempre en el Corazón de Jesús.

J. A. S.

Roma, 17 de Octubre de 1933

V

LA ESENCIA DE TODA LA VIDA INTERNA Y EXTERNA DE JESÚS

8

...El otro día os escribí acerca del modo práctico de hacer la entronización y vivirla después. Ahora habremos de ir hablando de los diversos aspectos que el desarrollo de esa entronización tiene en nuestra vida espiritual. Digo aspectos y pudiera decir grados de profundidad en su inteligencia práctica; aunque no pretendo explicároslos de manera que creáis que son los únicos, ni menos que proceden siempre exactamente por este orden, o que unos son más perfectos que otros. No me parece útil meterse en estas disquisiciones, porque realmente cada alma tiene su manera de ser natural y sobrenatural, hechas a su medida por nuestro Señor, y según ella y según las circunstancias especiales de cada momento, si el alma entra de veras en la práctica de entronización, unas veces se moverá por un aspecto, otras por otro, otras en fin será ayudada de un modo especial por Dios y llevada por El a donde quiere y como quiere. «El aire (o soplo del Espíritu) actúa donde quiere, y no se sabe de dónde viene y a dónde va», como dice Jesu-Cristo a Nicodemus. Bueno es conocer algunos aspectos, los más seguros, ejercitarse en ellos y abandonarse siempre al que se acomode mejor a la situación y atractivo propio, que la gracia respeta y ennoblece.

Lo primero que hemos de notar son los sentimientos, en cierta manera perceptibles en la vida toda que Jesu-Cristo llevó sobre la tierra. Porque esa vida terrena de Jesu-Cristo es el modelo para nosotros, los hombres, mientras estamos en este mundo: el modelo y la forma, no extrínseca sino interior a nuestra propia vida. Porque la dulcísima realidad es que quienes estamos en gracia de Dios, estamos viviendo en Él su misma vitalidad, injertados ya por el bautismo. Pero el hecho es que no solemos darnos cuenta de esta inserción e incorporación vital, como cosa interna a nosotros mismos, sino que, generalmente y procediendo en esto conforme a nuestra naturaleza que toma sus conocimientos del exterior, comenzamos la vida espiritual mirando a Jesu-Cristo fuera de nosotros, como un modelo de quien copiar y a quien asemejarnos. Poco a poco, si se persevera en esa amorosa imitación, que viene a ser como el tomar los alimentos de fuera de nosotros, va el alma viviendo más dentro de sí y del alimento exterior saca su propia sangre y sus reservas orgánicas, que la alimentan interiormente. Aunque es inversa la comparación. Cristo Jesús, amado ardientemente e imitado con fervorosa admiración, no tanto alimenta nuestras almas cuanto —podríamos decir— se alimenta de ellas; quiero decir: que no transformamos a Cristo en nosotros, como se hace con la comida, sino que Cristo nos transforma en Sí y nos hace miembros vivos suyos. Con todo, no todas las almas, que se unen realmente a Cristo y viven a El incorporadas vitalmente, caen en la cuenta de esta realidad. Y no es de poca importancia el caer en la cuenta de esta invisceración e inmembración; porque no le puede ser indiferente a quien ama el vivir siempre como extraño y distinto y separado de la persona amada, el saberse amado y correspondido y deseado, el reconocerse protegido y ayudado y defendido por amor, el sentirse moralmente unido y formando como una sola cosa con ella, el poderse unir

realmente, el estar unido, el gozar y darse cuenta continua y no vivir sino por esa unión, para esa unión, en esa unión. No es indiferente cualquiera de las posiciones enumeradas. Y si no lo es en el amor en general, infinitamente menos lo es en el verdadero Amor, que es el Divino. Porque en la unión humana hay otros bienes a su alrededor, dependientes o no de ella, que son amables por sí mismos y recaban la atención justamente y obligan a desprenderse y hasta renunciar o prescindir de la convivencia y trato amoroso. Pero en cambio la unión con Dios es la única cosa necesaria e imprescindible en la vida sobrenatural; que, si bien existe y subsiste con tal que no se cometa pecado mortal, porque no es más que lo que llamamos estado de gracia, con todo no da todo cuanto podría dar en las almas que no se preocupan lo bastante de mantenerla y estrecharla. Y además, siendo como es la fuente única de nuestra vida sobrenatural, es ante todo una verdadera mutilación el no dedicarse enteramente, en la medida posible, a incorporarnos esa vida y a gozar de ella prácticamente todos los instantes; porque es, por añadidura, evidente que mejor se aprovechará en igualdad de condiciones, el que se dé más perfectamente cuenta de lo que es en realidad Jesu-Cristo para nuestras almas y nuestras almas para Jesu-Cristo, y no viva para otra cosa ni desee ni busque. Es verdad que no todas las almas santas *parecen* haberse dado perfecta cuenta de esta unión real; y que les ha bastado para alcanzar un altísimo grado de santidad la concepción ordinaria y vulgar de la imitación y seguimiento de Cristo, sin llegar a distinguir precisamente ese aspecto realísimo sin duda de la unión vital o, por lo menos, sin hacer de él el centro de todos sus ideales, el imán de todos sus deseos y el blanco de todos sus trabajos y sudores. Digo *que parecen*, porque no tengo por cierto al menos ese juicio. Pero, aun suponiendo que así hubiese sido, no tenemos punto de referencia para evaluar lo que esas mismas almas, si las hubo, habrían adelantado en la santificación propia y ajena, de haber *vivido* intensa y amorosamente, *sintiéndola, buscándola*, esta gran realidad, consciente y continuamente. Por algo vino el Corazón Divino a manifestársenos.

Es, pues, de importancia capital para el mejor y más seguro adelantamiento en la vida sobrenatural y unión con Cristo y, en Cristo, con Dios, el darnos cuenta de la realidad de esa unión vital, el amarla, el vivirla... Que no sea toda nuestra actividad empleada tan sólo bajo el aspecto de *seguimiento* de Cristo desde fuera, sino que *sepamos y conozcamos internamente* y, por consiguiente, nos esforcemos en vivir esa misma vida, que es Cristo. «Revestíos —dice San Pablo— de Nuestro Señor Jesu-Cristo». Y para San Pablo no se trata de ponernos la imitación de Cristo como un vestido exterior, que se quita y pone con facilidad; la fuerza de su expresión es: *internaos, incorporaos, injertaos, sumergíos* en Cristo, «a fin de que lo sea El todo» como dice en otra parte.

Todo esto, que parece una divagación, era para haceros comprender la importancia que tiene el conocer íntimamente a Cristo-Jesús tal como vivió en la tierra, para unirnos a los sentimientos que le embargaban en su Santísima Humanidad, en su Corazón Amabilísimo, y para procurar hacerlos nuestros, morir a nosotros mismos renunciando a los nuestros para vivir y sentir únicamente los sentimientos suyos, que como de Hombre-Dios, son el único camino para pasar del hombre a Dios, como son la única verdad y la única vida, según El mismo declaró. Por consiguiente haciendo nuestros sus sentimientos, viviéndolos amorosamente, como cosa suya y por eso sólo nuestra, nuestra vida sobrenatural dejará de ser como de párvulos inconscientes que peligran y fluctúan a cada instante y será fuerte, varonil «según la medida de la edad cabal de Cristo». Con toda naturalidad —naturalidad sobrenatural— iremos penetrando en Cristo y por Cristo en Dios, en esa divina intimidad de

la vida profunda que se despliega en tres Personas sin separarse antes reuniéndose y enlazándose precisamente como con infinita nueva energía con ese despliegue, puesto que la tercera Persona es el Abrazo y Beso esencial de Padre e Hijo.

Pues leyendo y meditando amorosamente los hechos y palabras de Cristo-Jesús, vemos que el sentimiento único el sentimiento que guía toda su actuación, la única pretensión —digámoslo así—, el anhelo, el ansia y la respiración y el alimento de Cristo no es otro que: *la Voluntad de su Padre*. El mismo lo declaró a los discípulos: «Cibus meus ut faciam voluntatem Patris». Mi manjar es hacer la voluntad del Padre. Todo cuanto piensa, todo cuanto siente, todo cuanto hace, todo cuanto dice, todo, absolutamente lo dice, lo hace, lo piensa y lo siente porque es voluntad del Padre. Se encarna en las purísimas entrañas de la Virgen porque esa es la voluntad del Padre; nace perseguido y humillado en un establo, huye a Egipto, vive escondido como un hombre bueno del pueblo, y esto durante treinta años, se queda en Jerusalén con disgusto tan terrible para sus padres, se hace bautizar, ayuna cuarenta días y predica y busca discípulos y los instruye y hace milagros y muere en cruz, todo porque ésa era la Voluntad del Padre... «Holocaustos y propiciatorios no te gustaron; entonces dije: Ya voy; en el pomo del libro (como si dijera: el título que resume el contenido del libro de mi vida) está escrito de mí que haga, Señor, tu voluntad; Dios mío, lo quise y tu ley en el centro de mi Corazón.» Esta es la esencia y el resumen exacto, la expresión verdadera de todo lo que es y significa Cristo: cumplir la Voluntad del Padre. Si la definición esencial del hombre, según el Espíritu Santo, es: «puro servicio, pura dependencia, pura reverencia de Dios» («Reverencia a Dios y cumple sus voluntades, porque esto es todo hombre»); de Cristo lo es por doble título e infinitamente: como hombre, y como Dios - Hijo. Y hay como un nuevo título, de categoría singular; y es que el hombre olvida su esencia, que es su salvación y perfección, y en cambio Cristo-Jesús, necesariamente como Dios, libérrima pero indefectiblemente como hombre, vive conscientemente lo que es por su esencia: es un puro cumplimiento de la Voluntad del Padre.

Quiero enviaros esta carta, porque ya hace varios días que no os he escrito y si no la mando hoy mismo llegaría demasiado tarde. Siento por otra parte pararme ahora porque sentía mayor afluencia de ideas, pero procuraré continuar otro día, si el Señor lo quiere.

Adiós, Siempre en Cristo Jesús.

J. A. S.

Roma, 27 de Octubre de 1933

VII

VIDA VICTIMAL

9

...Esta noche voy a entretenerme con vosotras y hablaros de la entronización, siguiendo poco más o menos el *cuadernito*, aunque no sé si atará con la carta anterior. Si me repito, vosotras me lo perdonaréis, pues os escribo porque parece que nuestro Corazón lo quiere.

Me parece que trataba de explicar la última vez cuál fue la esencia de toda la vida interna y externa de nuestro Jesús, que es el párrafo V del cuadernito. En una página escrita de una carta sin terminar veo que os indicaba que para penetrar perfectamente la esencia de los sentimientos de Jesús habíamos de comenzar por estudiarle en su vida mortal y en las manifestaciones que nos conservan los Evangelios.

Con este estudio amoroso y la consiguiente imitación y semejanza por amor, se llega a incorporar los sentimientos de Cristo y se llega a la unión; pero, si se hace sin fijarse en la gran verdad de que somos un solo cuerpo con Cristo, el camino es lento. Se está unido y se participa de los mismos sentimientos, porque no son efecto natural de la presencia del Espíritu Santo que del Corazón va a los miembros y, connaturalmente a su modo de ser, produce la unidad fundamental de sentimientos, la unidad corporal y como personal, como el alma en el cuerpo humano porque el Espíritu Santo es en el Cuerpo Misterioso de Cristo lo que el alma en el cuerpo del hombre; le da vida y ser de Cristo: el mismo pensamiento, el mismo querer, el mismo sentir, según la participación posible en los miembros. Por eso dice San Pablo que hay diversidad de gracias, pero es el mismo Espíritu, en virtud del cual se hace todo lo sobrenatural en todos.

Creo que la gran mayoría, si no todos, los que corresponden a la gracia y estudian e imitan amorosamente a Cristo, llegan por fin a caer en la cuenta de esta unidad corpórea con Jesu-Cristo; y que ésta es una gracia que se concede a todos los que se desarrollan normalmente en la vida espiritual. Por lo menos no conozco ningún santo en quien no se halle esta *sensación*, por más que algunos no lleguen a saberla formular, bien por timidez, bien por otras causas no fáciles de explicar siempre.

Es una verdadera lástima, con todo, que las almas no sepan enseguida, desde el principio, como los primeros cristianos, esta verdad profundamente única de nuestra incorporación vital, viva y vivificante, a Cristo. ¡Es la única verdad de la creación! Porque explica la creación toda; y sin ella, la creación no tiene razón de ser, tal como es. ¡Cuánto camino tiene adelantado ya para llegar al *sentimiento* de la incorporación quien desde el principio sabe que ésa es la realidad! Claro está que no basta saberlo, ni menos basta quererlo veleidosamente; y que es preferible avanzar mucho en la unión sin saberlo, que no adelantar nada, sabiendo cuál es el estado de toda alma en gracia de Dios, o sea ser miembro vivo de

Cristo. Pero indudablemente que en igualdad de esfuerzo y de todas las demás circunstancias subjetivas, aquel adelantará más en la unión que mejor la conozca y conociéndola la ame y pretenda. Por eso hemos de dar gracias incesantes al Padre, al Hijo y al Espíritu Santo, cuando por su providencia amorosa caemos en la cuenta de esta verdad de nuestra comunidad y unidad corporal con Cristo; porque no puede menos de ser un indicio de que el Señor nos llama a vivir especialmente esa vida puesto que nos la manifiesta en unos tiempos en que tantos entre los mismos cristianos y religiosos la desconocen, o, lo que es peor, conociendo y habiendo oído o leído o tal vez algo de ella la menosprecian y la tienen por una de tantas devociones, más o menos de moda. Esta es la queja del Divino Corazón. Porque vivir y amar la incorporación a Cristo, o sea participar de sus mismos sentimientos, afectos, deseos y pensamientos como de cosa propia, es la esencia misma del ser cristiano, es la esencia de la Iglesia, y es ni más ni menos el reinado de su Corazón, la devoción al Corazón de Cristo; pues como ya creo que escribí otras veces, el Corazón es el conjunto de sentimientos, afectos, deseos, tendencias, etc., de Cristo, Jesús. «¡Un solo cuerpo!» dice S. Pablo y por tanto ya va dicho: «Un solo corazón!»

Una vez el alma contemplando deleitosamente, ardorosamente, fijamente, e imitando los sentimientos de Cristo que manifiesta en su vida mortal; o bien, reconociendo desde el principio que forma un solo Cuerpo con Cristo y revistiéndose y sumergiéndose amorosamente en los mismos sentimientos, investigándolos y apropiándose los; por un camino o por otro, llega a *sentirse* poseída por el alma de ese Cuerpo de Cristo, llega a *sentirse* concorporal con Cristo, una misma cosa con Cristo; una vez que ya ha mortificado el viejo Adán y ha encarnado en Cristo; como Cristo no es sólo hombre, sino que es Dios, y como su Corazón no sólo consta de los afectos santísimos y sobrenaturales, propios de un hombre absoluta y perfectísimamente sujeto y entregado a Dios, sino también de los que podríamos llamar sentimientos propios de Dios, pero de un Dios humanado, que en su humanidad lo ha padecido todo, ha pasado por todo menos por la culpa; por eso quien deliberadamente se encarna e incorpora ese Corazón y es dominado y poseído por El, entra suave y decisiva y fuertemente en la vida divina, en la vida interna de Dios. El Corazón de Cristo tiene por una parte sentimientos humanos, como los nuestros, aunque enteramente purificados y divinizados; y por esto atrae y facilita la imitación e incorporación. Por otra parte tiene sentimientos enteramente divinos, aunque de tal manera unidos con los humanos, que parece no sólo insensible el tránsito o abismo real que los separa, sino que prácticamente lo borra con la unidad de persona. Y así amando, amando mucho a Cristo el alma a El unida transforma sus sentimientos purificándolos, divinizándolos, anegándolos felizmente en el Océano de ese bendito Corazón, donde se entra siendo Fulano y queda convertido en Dios, en todo lo posible: porque mayor divinización no puede haberla que ser miembro de Cristo, que es Dios. De modo que llega el alma a ser con respecto a la divinidad lo mismo que es la Humanidad Santísima de Cristo, no por naturaleza sino por adopción. La Humanidad de Cristo es asumida, es Persona Divina en Cristo; nosotros somos también en cierta manera, que se dice adopción pero tiene más eficacia que la filiación y personificación humana, somos —digo— asumidos y personificados divinamente en Cristo Jesús. Por eso dice S. Pablo: «Vivo yo, ya no yo; es Cristo quien vive en mí».

Y lo más estupendo en este camino segurísimo y único, que es Cristo incorporado a nosotros, es la unidad o, por mejor decir, la *unicidad* de toda la variedad manifiesta de sentimientos que constituyen el Corazón de Cristo, nuestro Amor.

Porque hay una razón última, la más íntima raíz, y la quintaesencia de todos, absolutamente de todos los movimientos internos y externos de Cristo. Descubrir esa raíz, adherirse a ella, injertarse por Cristo en ella, es el secreto admirable que el Gran Rey tiene preparado para sus escogidos. No es que no lo sepamos. Pero no se trata de saber. ¡Tantas cosas sabemos pero no intervienen en nuestra actuación! Y aunque influyan en nosotros, hay tanta diferencia de influir a influir! Hay menos diferencia en cierto sentido entre una piedra y un hombre sabio, que entre uno que sabe y otro que también sabe pero con sabiduría gustosa. Todos sabemos que es menor en cierto sentido la distancia entre una piedra y un sabio, que entre un sabio y un alma con fe cristiana. No es menor la que hay entre un cristiano en pecado y otro en gracia; y entre un alma de vida cristiana ordinaria, hasta fervorosa, y otra que haya recibido de Dios el *sentido* de la vida espiritual.

Pues una vez sabido cual es esa raíz oculta que da unida a todos los sentimientos que constituyen el tesoro del Corazón de Cristo, es preciso que nos esforcemos en apropiárnosla; o mejor, en ser y vivir como una sola cosa con Cristo para que verdaderamente sean propios nuestros, por ser ellos de Cristo, y ser nosotros Cristo.

¿Cuál es esa raíz íntima? No es otra que la voluntad divina buscada y aceptada amorosamente en toda su plenitud. Esta es la esencia misma de toda la vida interior y exterior de Cristo. Como hombre, es un *puro depender* de Dios. Toda criatura, incluyendo al hombre y al ángel, es un *puro beneficio*, una pura *dependencia*; no es una cosa, una especie de vaso, en el cual Dios vierte sus beneficios, una persona por sí y ante sí al que Dios enriquece después; nada de eso. Antes del primer beneficio, el hombre no es nada. El primer beneficio es la existencia el tener el ser que tiene. Luego si no existía antes del primer beneficio, todo lo que soy, soy puro beneficio, pura dependencia de Dios Nuestro Señor.

Vivimos realmente siendo pura misericordia y amor divino; tanto si lo pensamos, como si nos desentendemos o lo ignoramos. El que vive aceptando con su libre voluntad y acatando y reverenciando esa dependencia exclusiva; el que reconoce que no es nada en sí mismo sino pura beneficencia divina; ese cumple perfectamente la voluntad divina, es un *puro servicio*, una *pura acción de gracias*.

Ningún hombre ha sido un puro servicio divino, un ¡gracias, Señor! continuo y amoroso; porque es imposible, supuesta la naturaleza humana y su libertad, sin gracias singularísimas. Sólo nos consta de la Virgen Santísima y de Cristo, Señor nuestro. (Es casi cierto que también San José.)

Tenemos, pues, que Jesu-Cristo, en su Humanidad, tiene todo su interior y exterior plenísimamente conforme lo que exige su misma esencia humana, común con nosotros. Es una pura dependencia, aunque, por un absurdo, El no lo pensase; y esa pura dependencia abrazada libremente por su voluntad es un puro servicio. Es un puro beneficio; y su voluntad lo transforma en una pura acción de gracias. Es reflejo de la Entrega divina amorosa; y su voluntad se devuelve en una Entrega amorosa, íntima, permanente y total a Dios.

El Espíritu Santo nos dio la definición del hombre perfecto, que se realiza en Cristo, como he dicho: «Reverencia amorosa y observancia de la voluntad divina.» Cristo, en cuanto hombre, es pura dependencia, pura obligación hacia Dios, de adorarle, de amarle, de darle

gracias, de servirle; y, como Cristo corresponde exactamente con su voluntad humana a esa exigencia esencial, Cristo es realmente en su Humanidad lo que debe ser: una pura alabanza, una pura acción de gracias, una pura adoración, un puro servicio, un himno y cántico maravilloso, el himno y cántico, al que se incorporan las almas santas, vibrando con el mismo estremecimiento del alma de Cristo, *sintiéndose* elevadas en Cristo por obra del Espíritu Santo a aquel estado que describe San Pablo: «No os defraudéis mutuamente ni os engañéis, al despojaros del hombre viejo con sus cosas y revestiros del nuevo, que lo es continuamente por nuevos y más profundos conocimientos internos a imagen del Creador; en quien desaparecen todas las diferencias de gentil y judío, circuncisión y prepucio, bárbaro y escita, esclavo y libre, sino que en todos lo es todo Cristo. Revestíos, pues, como escogidos de Dios, santos y amados, entrañas de misericordia, benignidad, humildad, mansedumbre, magnanimidad, llevándoos bien unos con otros y pasando graciosamente por todo, si alguna molestia se tuviere de otro; como el Señor os perdonó, así también perdonad vosotros. Sobre todo esto aún, (revestíos de) caridad, que es el vínculo de la perfección. Y la paz de Cristo triunfe en vuestros corazones, ya que a ella habéis sido llamados en un mismo cuerpo; y sed agradecidos. Que la palabra de Cristo habite en vosotros abundantemente (es decir: cada día mejor penetrada y más vitalmente), con toda sabiduría enseñándoos y formándoos a vosotros mismos, con salmos, himnos y cánticos espirituales, cantando con la gracia en vuestros corazones a Dios; y todo lo que hacéis de palabra o de obra, todo en nombre del Señor Jesús, dando gracias a Dios Padre por medio de Él» (Colosenses, 3, 9-17). Lo he buscado y transcrito todo este texto que es uno de los más profundos y consoladores del Apóstol.

Pues si Jesu-Cristo en su Humanidad es una pura alabanza, una pura acción de gracias, un puro servicio, una pura entrega, un puro retorno de amor a Dios, por una gracia singularísima que se le concedió a Cristo por su unión personal con la Divinidad en el Hijo; todavía en cuanto Dios-Hijo es mucho más esencialmente pura dependencia y puro servicio del Padre. Porque el Hijo, en cuanto Hijo, todo lo recibe eternamente del Padre, lo está eternamente recibiendo, pues eternamente es engendrado en el «Hoy» de la eternidad. Si ser hombre, es ser todo de Dios, sin ser Dios; ser Hijo de Dios, es ser todo del Padre, siendo al mismo tiempo esencialmente Dios. Si como hombre depende absolutamente de Dios; como Hijo depende infinitamente del Padre.

Cierto es de fe que esta dependencia filial divina no importa consigo ninguna inferioridad en ningún sentido, sino una infinita identidad esencial y natural y una compenetración hasta personal, en el sentido de que nada hay en el Padre ni en el Hijo ni siquiera la Paternidad y Filiación en cuanto llevan consigo alguna perfección esencial, que no esté idéntica en uno y en otro. Todo Dios es Padre y todo Dios es Hijo; y no hay nada del Padre que no sea del Hijo, ni hay nada del Hijo que no sea del Padre. No hay más distinción que la necesaria y suficiente para que Dios sea Padre e Hijo. Por consiguiente al Hijo, como Hijo, le es absolutamente esencial la unidad con el Padre y la dependencia filial.

Así como no puede dejar de ser Dios, no puede dejar de ser Hijo. Nada -repetámoslo- de precedencias ni de causalidades. El Padre no existe primero que el Hijo, sino simplemente engendra al Hijo y por eso y nada más que por eso, porque engendra, es Padre. Y el Hijo no existe después que el Padre, sino simplemente es engendrado; y por eso y nada más que por eso, porque es engendrado, es Hijo. Paternidad y Filiación coexisten eternamente por necesidad.

El Padre al engendrar al Hijo le comunica toda la Divinidad con todas las propiedades esenciales, que son idénticas en el Padre y en el Hijo: poder, sabiduría, voluntad, etc., todas una misma cosa con Dios. Esa comunicación o entrega, sin salir de SÍ, al Hijo va *de hecho* destinada por el Padre a la Infiliación de todo lo que crío; va destinada a que en el Hijo se incorporen todas las cosas criadas, especial y directamente el hombre; va destinada a la Redención de toda la humanidad en la Cruz. El Hijo, pues, recibe la Voluntad divina al ser engendrado pero con la misión de encarnarse y redimir con los tormentos y sangre de su Humanidad Santísima. Esta misión para Cristo-hombre fue un verdadero precepto o mandato, del cual tantas veces nos habla en los Evangelios. Lo que es misión para el Hijo y por consiguiente lo recibe del Padre al comunicársele la Voluntad Divina por generación, es precepto para Cristo en su Humanidad. Por eso, como Hijo, no puede menos de ser esencialmente Voluntad del Padre recibida; y, como hombre, libre y meritoriamente acatada y obedecida. Es, por tanto, Jesu-Cristo esencialmente SIERVO DE DIOS *como hombre*, porque libérrima pero perfectísimamente se abraza y conforma con lo que es esencial, según dije, a toda criatura: ser y depender de Dios y, por consiguiente, servir, alabar, dar gracias, amar a Dios con todo el corazón, con toda el alma, con todas las fuerzas. Es SIERVO DE DIOS PADRE *como hombre hipostáticamente unido al Hijo de Dios*, porque acepta y acata y cumple hasta la perfección el precepto que el Padre le impone de vida mortal y redención cruenta. Es, *como Hijo*, MAS QUE SIERVO respecto al cumplimiento de la voluntad Paterna; porque ser Hijo es en Dios esencialmente recibir comunicada por generación la Divinidad y por consiguiente la Voluntad divina, que, en cuanto está en el Padre, destina o envía al Hijo a la Infiliación y Redención, y, en cuanto está en el Hijo, es destinada o enviada. Es mucho mayor, infinitamente mayor la dependencia de Jesu-Cristo como Dios Hijo, que como hombre. Como hombre se distingue de Dios; como Hijo es todo Dios. Y así resulta admirablemente enlazada en Cristo toda dependencia divina: es todo Cristo una aceptación amorosísima y cumplimiento divinísimo de la Voluntad del Padre.

Esta es pues la raíz íntima de la *unicidad* que aparece en todos los sentimientos, afectos, deseos, tendencias, pensamientos humanos y divinos de Cristo: la Voluntad de Dios Padre aceptada y cumplida en toda su amplitud e integridad. Hay unidad porque todos pertenecen a una misma Persona divina y todos juntos, los divinos y los humanos, constituyen el Corazón divino de Jesu-Cristo; pero esa unidad además aparece terminante en que todos tienen como raíz y fundamento, como vínculo de perfección, la unión de voluntades humana y divina en Cristo y de entrambas con Dios Padre.

Por esto dice Jesu-Cristo que su alimento es la Voluntad del Padre, la dependencia filial y amorosamente reconocida del Padre. Y como Dios Padre lo es todo para Jesu-Cristo, por eso dice en el Evangelio: «Todo el que hiciere la voluntad de mi Padre que está en los cielos, ese es mi hermano, mi hermana y mi madre» (Mat., 12, 50). Porque el que hace la voluntad divina del Padre, forma un solo espíritu con Dios al negar su propia voluntad y tomar como propia la divina. Pero de esto hablaremos más adelante en otra carta, pues ya resulta esta excesiva.

J. A. S.

Roma, 5-6 de Diciembre de 1933

Querida hija mía en nuestro Corazón de Jesús: Termino la carta de María Isabel; son las 11 y 5; y vamos a hacer juntos la hora santa.

Reflexionemos que estamos llenos del Amor Divino, cuya plenitud posee nuestro Corazón, y hagamos un acto de fe, creyéndolo firmemente; un acto de esperanza, confiando que esta efusión y penetración del Amor, a través de todas las penalidades interiores y exteriores, florecerá para gloria del Padre en los cielos; y un acto de amor, confundiéndonos con ese Amor Santísimo y Gozosísimo, beatificante y vivificador, eterno Anhelo y Reposo del Padre en el Hijo y del Hijo en el Padre, esencialmente abrazados y suspirando con un mismo y Personal *Suspiro*, que es a un mismo tiempo del Padre del Hijo, como de un solo origen.

Ese *Suspiro extasiante* porque es Entrega y Don total y por un mismo acto del Padre al Hijo y del Hijo al Padre, que en Dios, en cuanto Dios, es todo dulzura y suavidad porque no hay ni puede haber nada en Dios (Padre e Hijo) capaz de oponerse o retardarla, al traducirse en la creación ha de vencer la inercia y, cuando el hombre por el pecado se ha rebelado, ha de deshacer y aniquilar la rebeldía, y por lo mismo no puede ser puramente Gozo y dulzura, sino que ha de ser crucificante, doloroso, justiciero, victimador.... Y así lo es en la creación; pero sin conseguir una restauración de la humanidad, por más que con muerte, enfermedades, guerras, etc., penas y tribulaciones del cuerpo, del alma y del corazón, esté crucificándola y castigándola.

Sólo quienes entran por la fe y el amor en la Promesa, esos quedan restaurados en ella. Y la Promesa no es otra cosa que una crucifixión definitivamente eficaz para reparar y restaurar. Y una crucifixión, un castigo restaurador no es posible, sino siendo el crucificado y restaurado de capacidad infinita para agotar en sí y recoger todo el desorden y toda la pena y castigo; y por consiguiente ha de ser Dios el crucificado para destruir todo el mal, que se ha de acumular en El.

Y como el pecado y desorden es una destrucción de la imagen y reflejo sobrenatural de Dios; y como imagen y reflejo esencial, participado por la creación, no existe ni puede existir otro que el Hijo; luego es el Hijo quien ha de cargar con todos los pecados y desórdenes y crucificarlos crucificándose a Sí mismo. Esos pecados todos constituyen el gran Pecado; y el gran Pecado lleva consigo el Decreto de condena; y de ese Decreto de condena, dice San Pablo, que Cristo lo clavó y mató consigo en la Cruz.

Es Cristo Jesús, el Hijo de Dios, el que hecho hombre y carne de nuestra carne y hueso de nuestros huesos, se entrega crucificándose al Padre; y es el Padre quien se entrega al intimar la crucifixión al Hijo; luego es el Espíritu Santo, el Don divino, la Entrega Divina por excelencia, quien realiza la Obra de la Redención y Reparación desde el Padre en el Hijo. (No he encontrado una expresión que reflejase exactamente lo que quiero decir. Pero herejía no digo ni quiero decir ninguna. Si el Evangelio dice: «*Fue llevado* Jesús por el Espíritu al desierto para ser tentado por el diablo»— lo cual es parte de la pasión total de Jesús; mucho más se ha de decir que Jesús fue llevado por el Espíritu a la cruz.

Ahora bien; Jesu-Cristo con respecto a toda la humanidad, no es más que una parte de ella, es precisamente la parte principal, la Cabeza. Pues si la Cabeza toda es crucificada y

victimada, es decir: entregada enteramente al Padre, y por pertenecer a la humanidad y aceptar las consecuencias compatibles con la divinidad, necesariamente crucificada y no puramente gozosa y dulce, como lo es en el seno de Dios; luego, necesariamente, el cuerpo restante, que, no por aceptación, sino por su mismo ser, es estorbo y rebeldía y pecado no puede ser *entregado* sino por la crucifixión, es decir: victimándose junto con la Cabeza, en virtud de cuya victimación es aceptable la nuestra.

Oh, Espíritu de la Promesa, Amor crucificante, Amor que haces víctima a Cristo! Yo te me presento a mí y a mis hijas todas las de la Obra, para que descargues sobre nosotros en Cristo los mismos tormentos que sobre Jesús hiciste caer! Acéptanos, Padre Celestial; entrégate a nosotros, al entregarte al Hijo e intimarle con esa entrega la crucifixión al encarnarse; entréganos contigo, Hijo divino, al ofrecerte y entregarte ardiente e infinitamente al Padre, no ya sólo gozosa y gloriosamente allá en el cielo, sino dolorosamente primero y por todo el tiempo posible aquí en la tierra. No queremos, Espíritu de Amor, una vida de entrega que también sea suave y dulce en este mundo. Esto nos parecería un sacrilegio, si lo deseáramos, porque quitaríamos una partecita, un miembro de Cristo fuera de la Cruz y del fuego del sacrificio. Y esto era un sacrilegio en la Ley antigua simbólica; ¡cuanto más en la Ley de Redención!

Hemos de vivir, constantemente ofrecidos al padre en el Hijo por el Espíritu Santo, en esa actitud de víctimas, en estado de ánimo, que es la unión a Cristo Redentor y Reparador. Y como ya decía, que esa *Entrega* y Victimación la hace el Espíritu Santo, pide sin cesar la venida de ese Espíritu a tu corazón; y no solo al tuyo, sino al de todos los hombres y especialmente pídelo para mí, para María Isabel, para todas las que pertenecen y hayan de pertenecer a la Obra santísima de las Doctrinas, que ha de ser la gran restauradora de la vida filial, que es victimaria, en la Iglesia de Dios.

¡Qué materia tan dulce para mí he tocado! Mientras escribía esto, me parecía que el Corazón estaba, como nunca, alegre, esperando que te muevas tú y las demás a vivir con nuevo fervor, penetrándoos bien de este espíritu, esa vida de apostolado con las almas abandonadas, las más aptas para entender estas cosas. Porque los de apariencias exteriores, honores, riquezas, etc., fácilmente son ricos de corazón. Y los que son ricos de corazón, son animales y bestializados completamente, radicalmente incapaces de entrar por las vías de Dios. La pobreza y la tribulación, el desamparo humano y la persecución justa y, mejor, la injusta, son las monedas mejores para entablar el negocio de la perfección.

¡Cosa curiosa! No sé por qué, yo que esperaba estos días para trabajar en arreglar lo de la Redención, no he podido en lo que va de mes, escribir ni una raya. Y ahora, al ponerme a escribir para tí (y mediante ti a las demás) parece que el Corazón haya querido especialmente inspirarme. Miradlo, pues, como regalo que os hace el Corazón de Jesús. ¡Cuánto os quiere, el Corazón! Animaos con esta muestra de su voluntad a practicar esta vida. Animaos a crucificaros, uniendo vuestra crucifixión a la de Cristo, no queriendo otra que la de Él. Este es el espíritu de Reparación, que tan hermosamente entienden algunas Reparadoras españolas, a las que sin conocer, tanto quiero.

El Corazón os bendiga y os inflame a todas en su amor purísimo.

J. A. S.

VII

VIDA DIVINA

11

...Deseo escribiros hoy acerca de la vida de hijos que en Cristo Jesús hemos de tener para con Dios Padre, para que os llegue como un recuerdo en el día de mi santo. Cada uno da de lo que tiene o puede, según dice San Ignacio. Esta es mi herencia, que con vosotras, mis hijas, deseo compartir.

Vamos pues, a hablar de la *Vida filial*, que se sigue de haber tomado resueltamente el Corazón de Jesús como propio.

Notemos, como ya otra vez os dije, que al exponer estas consecuencias de la entronización no puedo pretender, ni mucho menos, seguir exactamente o adivinar el orden preciso con que se manifiestan al alma, porque por un lado el Señor no se ata a ninguna concepción determinada para ayudar a las almas y meterlas dentro de Sí, y por otro, creo realmente que todos los distintos aspectos van revelándose a las almas que han entrado por este camino y alternando su influencia sobre ellas, aunque en cada una se mantiene como tónica y fundamental aquella concepción que cuadra mejor con su modo de ser y contextura y formación natural y sobrenatural.

Además, de cualquier aspecto que primero se considere pueden sin dificultad derivarse todos los demás. Y es natural, porque son aspectos diversos por ser nuestro entendimiento limitado en su capacidad para abarcar la divina realidad, y lo que en Dios y para Cristo es una sola purísima idea, son infinitas para nosotros sin que ni agotemos todas las manifestaciones ni aunque las agotásemos podamos abarcar la totalidad mismo Dios, propiamente el Verbo, la Expresión esplendente de la Divina Esencia, en el cual Dios Padre comprende y ve todo lo existente y lo posible hasta agotarlo.

Con todo, y por lo mismo que acabo de decir, preciso es confesar que real y objetivamente la Idea de todas las ideas, la Concepción que está a la base y es el fundamento de todas las que pueden estudiarse y vivirse de Dios y en Dios, es la de Hijo. El camino puede y suele ser el sentimiento y el seguimiento de la divina voluntad tal como nos lo muestra Jesu-Cristo en su vida terrena, como ya hemos visto. Pero también hemos visto que por ese camino de imitar a Cristo Jesús y seguirle como ejemplar, se llega casi forzosamente al conocimiento y amor y servicio de la voluntad divina no simplemente como divina, sino como del Padre, pues ésa es la esencia de Cristo, analizando su persona y naturaleza humana y divina. Ya vimos y lo sabemos por el Evangelio que la aspiración y anhelo constante de Jesús, clara y terminantemente expresado es hacer la voluntad del Padre que le envió para redimirnos. Pero vamos a lo de este capítulo del cuadernillo que queremos comentar.

El Corazón de Jesús que nos incorporamos y hacemos nuestro, que nos incorpora a Sí y nos hace suyos propiamente, es no sólo el Corazón humanamente más perfecto y más enteramente, el Corazón absolutamente reconocedor y cumplidor de todas las voluntades de Dios Creador; no sólo el Corazón que por la unión hipostática con el Verbo Divino se

perfecciona en su ser y operaciones infinitamente; sino que es el Corazón de Dios, de Dios Hijo precisamente. Por tanto toda la absolutísima sumisión y adecuación lo que exige su naturaleza humana íntegra e impecable, toda la sobrenaturalmente infinita sublimación y como renovación de esa naturaleza perfecta humana al ser asumida por Dios a la unidad personal, toda queda penetrada y como absorbida por la divina filiación de la Persona del Hijo que en esa humanidad se encarna. El centro y nudo, lo verdaderamente esencial e imprescindible lo que da carácter — podríamos decir— al Corazón de Jesús es ser el Corazón del Hijo de Dios. Y ser Hijo de Dios es lo que en Cristo Jesús causa y origina, preside, informa, dirige toda la vida natural y sobrenatural, porque por ser divina y reducir a una Persona toda la actividad interior y exterior, la vida divina de Jesús como que absorbe todas las demás, no por anularlas, sino por sublimarlas y transportarlas fuera de su ámbito connatural, si prescindieramos de ella.

¿Y qué es en Cristo ser Hijo de Dios? ¿Qué es ser Hijo de Dios? Desde luego no es sino un reflejo lejanísimo y completamente incapaz de darnos una idea algo acertada, la filiación natural humana. Porque en primer lugar no hay en el origen divino de Dios Hijo distinción alguna en quien es su Principio. No hay en Dios ni sombra de dualidad, distinción de principio activo y principio pasivo, de padre y madre, de alguien que inicia y alguien en quien se inicia y desarrolla. Se dice Dios Padre porque es el Principio; pero es Principio sin salir fuera de Sí, es fecundo en Sí mismo, es la Fecundidad actual infinita, realiza en Sí todo lo propio de padre y de madre sin nada de lo que supone límite en la perfecta paternidad y maternidad. En la eternidad engendra; y como la eternidad no es sucesiva, sino que es un *Ahora*, el AHORA, es Dios engendrando y, como es Dios esencialmente, engendra esencialmente, por la misma necesidad que es Dios, es Dios que engendra, como es Dios que es engendrado y es Dios Abrazo y Beso efusivo y Anhelado y Aliento de Dios Padre e Hijo.

Decíamos que la filiación natural humana no nos puede dar una idea algo acertada de la filiación natural divina. ¿Cómo puede serlo, si ni siquiera lo es ni aproximada de nuestra misma creación natural? Dios Creador es más padre y madre del hombre que el padre y la madre humanos Inmediatos. El hombre, una vez engendrado, una vez depositado germinalmente en el seno materno, deja de tener relación alguna física de dependencia actual del hombre que le puso en el vientre materno. Se muere el padre y sigue desarrollándose vitalmente el germen humano en la madre. Y una vez ha salido del materno claustro, el hombre deja de depender físicamente de su madre, como es clarísimo. Más aún. Muere la madre, teniendo todavía el hijo en sus entrañas, y no basta su muerte para que muera el hijo, sino que puede muchas veces salvarse todavía a éste y mantenerle vivo y se podría conseguirlo con mayor prontitud y seguridad, si los medios de la medicina estuvieran más adelantados. Es decir: muere el hijo a consecuencia de habersele quitado y no podersele suplir los medios de alimentación adecuados; no por la misma muerte de la madre; la muerte de la madre no es por sí misma la muerte del hijo que palpita en sus entrañas. En cambio de Dios no puede prescindir en absoluto el hombre desde que es engendrado, desde antes de ser engendrado; porque el hombre puede ser engendrado porque es posible; y es posible porque su idea completa refleja algo de Dios. Si Dios no fuese imitable de algún modo, sería imposible la existencia de ninguna criatura, porque todas son esencialmente reflejos divinos. Y luego, todas las acciones encaminadas a la generación de un hombre —como todas las acciones de las criaturas— son más acciones de Dios que de los padres, de tal modo que sin la presencia activa de Dios ni pueden concebirse las actividades humanas. Pero, además, en la

formación del hombre hay una intervención directa y exclusiva de Dios y esencial a la constitución del hombre: la creación del alma, a la cual no contribuyen los padres más que dando de sí bajo la acción divina y dependiendo esencialmente de ella, una materia dispuesta por Dios para en las debidas condiciones infundirle el alma y constituir el hombre, a quien por consiguiente hace Dios y no los padres, que dan sino la materia y aún por ésa hecha apta por Dios. ¡Intervención por consiguiente reducidísima la de los padres en la generación de un hijo natural! Y ésa es la acción efectiva más causadora podríamos decir —de todas las acciones procedentes de causas creadas. ¿Y cómo puede compararse siquiera de lejos la generación o filiación natural humana con el conjunto sublime de intervenciones divinas; unas temporales, otras continuadas, que nos atan y ligan de tal modo con Dios Creador y nos hacen depender esencialmente de su Divina y amorosísima Voluntad omnipotente? ! Pues infinitamente menos podrá darnos una idea de lo que es la filiación natural divina, que es acción —digámosla *acción* para darle un nombre— interna de Dios. Si la creación, no en sí misma porque, por identificarse con la esencia divina, nos es imperceptible, sino en los efectos o creaturas, no nos puede dar idea alguna algo acertada de Dios fuera de su existencia, porque todo lo demás que sabríamos de Dios por sola la creación sería de un modo u otro por negación de lo creado; infinitamente menos nos podrá dar ni la más leve sospecha de las acciones internas y de la Trinidad Personal.

Estamos diciendo lo que no es la divina filiación natural. Lo que es lo sabemos, o mejor, lo creemos infaliblemente por la fe, pero distamos de alcanzar alguna inteligencia, si Dios no nos la da. Y esa inteligencia por poca que sea, es suficiente para enamorar todo corazón y satisfacer todo entendimiento. La gracia, que llamamos, no es sino la entrada y participación; la convivificación con esa vida interna de Dios, pero que no expansiona y alcanza todos sus efectos connaturales y está expuesta a perderse en nosotros hasta el día de la eternidad. Entonces, al terminar nuestra vida mortal y de prueba y la purificación que sea precisa, habrá en nosotros como una explosión de vida, un revestimiento de Dios desde dentro; la gracia aparecerá lo que es y desarrollará toda su eficiencia ahora contenida por un milagro altísimo: «Hijitos míos, ahora somos hijos de Dios, pero aún no aparece lo que hemos de ser en virtud de esa filiación;»—«Cuando Cristo aparezca, vuestra gloria, entonces vosotros apareceréis con El en esa gloria.»

¿Qué sabemos por la fe de la divina filiación, de la Segunda Persona de la Santísima Trinidad? Que es engendrado y por consiguiente personalmente distinto y esencialmente idéntico al Padre, quien engendra eternamente al Hijo por vía de Conocimiento. De aquí hay que derivarlo todo y ninguna explicación ha de oponerse a esto. Para hacernos alguna idea, ciertamente muy distinta aún de la realidad, pero no contraria, advirtamos ante todo que en Dios no hay ni tiempo ni espacio, ni cambio o mutación alguna; lo que es, lo es desde toda la eternidad por toda la eternidad; y la eternidad no contiene sucesión sino que es una existencia infinita toda presente. Por eso va podría decirse con S. Pablo «*aeternum gloriae pondus*» porque la felicidad gravita toda y se concentra en un *Ahora*, para los que han entrado ya en posesión de la herencia. En Dios no hay nada anterior ni posterior; y por tanto cuando nos servimos de estas palabras, o sus equivalentes, no nos referimos sino a la procedencia y origen. No existió Dios sin ser Padre, Hijo y Espíritu Santo; no existió Dios Padre sin existir Dios Hijo y Dios Espíritu Santo; ni existe ni existió ni puede existir Dios Hijo sin Dios Padre y Dios Espíritu Santo; ni es concebible siquiera Dios Espíritu Santo sin Dios Padre y Dios Hijo. Ninguno de los tres es anterior ni posterior a otro, ninguno más poderoso, más sabio,

más omnipotente, más hermoso ni tiene nada esencial que no lo tengan los otros idénticamente. Todo Dios Padre, menos la Paternidad, es todo Dios Hijo y todo Dios Espíritu Santo, menos sus respectivas Personalidades. Más aún, todo Dios Padre está en todo Dios Hijo, y todo Dios Padre y todo Dios Hijo están en todo Dios Espíritu Santo; y al decir *estar*, utilizo esta locución para indicar que *hasta* lo característico y personificante de cada Persona está en todas las demás, en toda la perfección real que importa. No sólo el Padre, el Hijo y el Espíritu Santo son el mismo Dios esencial e idénticamente; sino que cada una de estas personas Divinas es todo lo que son todas tres porque tiene todo lo que realmente tienen todas tres, hasta la personalidad en lo posible. Es lo que los teólogos llaman la *circuminsesión* o *circumincesión*.

Con estas salvedades previas, para ayudar nuestra imaginación, sabiendo bien que es una imaginación grosera y muy alejada, podemos representarnos que no existe nada de la creación actual, sino un Océano infinito hacia arriba, hacia abajo, hacia los lados, hacia delante y hacia atrás. Allí está toda perfección posible y en grado infinito; y no que la infinidad de estas perfecciones haya de ser tal por serlo en conjunto pero estando cada una desparramada y como difundida oceánica-infinitamente. Nada de eso. Y para quitar y corregir esa falsa idea, imaginemos toda la infinidad de ese Océano concentrada en un punto. Un punto es aún un concepto espacial y que limita. Es, pues, una infinidad absoluta y de todo orden que está toda en sí misma sin límites de espacio y tiempo; eterna y omnipresente. Ese ser Infinito, que es todo lo que puede ser sin absurdo, es también infinita perfección cognoscitiva. Como infinita perfección cognoscitiva conoce infinitamente al Ser Infinito que es ella misma. Hay una igualdad suma, infinita, una identidad entre la perfección infinitamente cognoscitiva y el Ser Infinito, infinitamente cognoscible, por estar infinitamente identificado con dicha perfección. Todo entendimiento al entender se asemeja a lo entendido. Pero la semejanza no puede ser perfecta, ni menos infinita, en los entendimientos creados porque o el objeto conocido ni es infinito ni está suficientemente aplicado, o es infinito y no está suficientemente aplicado o, aun estándolo, no es infinito.

Pero el Ser Divino está tan aplicado a la Infinita Inteligencia que es con ella una misma realidad. Por eso necesariamente la Inteligencia Infinita de Dios conoce exhaustivamente, infinitamente a su Infinito ser. Todo Dios que es Inteligencia se conoce a todo su Ser, a Sí mismo.

Esa especie de reflexión cognoscitiva o conciencia de Sí mismo, ese Conocerse lleva consigo el *Expresarse*, el *Representarse* en el conocimiento exhaustivo, agotador, el *Resplandecer*; esa *Expresión*, esa *Representación* (en el sentido etimológico de una como nueva presentación), esa *Figura* (en el sentido de reproducción o imagen sustancialmente idéntica), ese *Verbo*, esa *Palabra*, es Dios mismo pero expresado, resplendente, verdaderamente engendrado porque procede de Dios Padre en identidad de naturaleza. Luego todo que es el Hijo es del Padre, porque no hay nada en el Hijo que no sea Dios, el mismo Dios que es el Padre, de quien se le comunica por generación. Todo lo que es el Padre, es el Hijo; y todo lo que es el Hijo, es el Padre, sólo que en el Padre está Dios engendrando y en el Hijo está el mismo Dios no engendrando sino engendrado. Fuera del engendrar que es propio e incommunicable del Padre, y fuera del ser engendrado que es propio e incommunicable del Hijo, todo lo que es Dios Padre es Dios Hijo y todo lo que es Dios Hijo es Dios Padre. Y tan necesario es a Dios ser Dios como Ser Dios Padre y Dios Hijo, como engendrar y ser engendrado. Siendo eterna y necesariamente Dios, Dios Padre y Dios Hijo, eterna y

necesariamente Dios Padre comunica por generación a Dios Hijo todos sus atributos esencialmente absolutos, toda su Esencia, todo su Ser Divino: Omnipotencia, Hermosura, Bondad, Sabiduría, Amor, Voluntad...

Todo lo que es Dios en el Padre engendrando, es Dios en el Hijo siendo engendrado. Toda la Esencia divina la da el Padre engendrando al Hijo y el Hijo la recibe siendo engendrado sin que el Padre salga de Sí ni el Hijo se separe ni menos agote al Padre ni le quite nada. El Hijo tiene la *misma* Omnipotencia del Padre, la *misma* Hermosura, la *misma* Inteligencia, la *misma* Bondad, el *mismo* Amor, la *misma* Voluntad, y puede y atrae y entiende y ama lo mismo que el Padre y precisamente en tanto en cuanto y no más ni menos sino infinitamente lo mismo que el Padre. El Hijo es el Verbo, la Manifestación, la Revelación, el Rostro, el Esplendor... del Padre. Por consiguiente es un estar patente, todo patente, Dios Padre, quien en el Hijo ve toda su Esencia, en El la expresa exhaustivamente, en Él lo contiene y lo comprende todo. Dios dice eternamente, en el *Hoy* de su eternidad, una sola *Palabra*; y esa Palabra con ser única, lo dice todo. Todo está en El y fuera de Él no hay nada. Todo se hace por El y sin Él y fuera de Él no se hace nada de cuanto se hace y puede hacer, ni fuera de Él hay nada posible.

¿Con qué infinito ímpetu amoroso el Hijo no estará identificado, abrazado amorosamente, íntimamente compenetrado con el Padre, de quien es todo cuanto es? La divina Esencia que es del Padre y del Hijo, en el Padre comunicándose y en el Hijo siendo recibida, desde el Padre se ama a Sí misma, en el Padre y en el Hijo, pero con una especial relación o mirada al Hijo, y desde el Hijo se ama a Sí misma en el Padre y en el Hijo, pero con una especial mirada viene nuestra salvación.

Porque el Padre nos ama en el Hijo y el Hijo recibe del Padre esa Voluntad que nos ama en El; y por eso nos ama el Hijo porque el Padre nos ama. Nosotros, que participamos de la Divina Vida en el Hijo, amamos al Padre con el amor con que el Hijo le ama y somos amados con el amor con que el Padre ama al Hijo. Entramos en Dios por el Hijo y permanecemos en Dios en el Hijo, a quien está el Padre idénticamente abrazado con infinito amor.

Esta participación en el amor filial desde el Hijo al Padre y en el Hijo del Padre, es la infiliación, la incorporación nuestra al Cuerpo misterioso de Cristo. No podemos ser hijos naturales de Dios, porque Dios Padre no puede tener más que un Hijo; pero por el gran amor que nos tiene nos ha entregado al Hijo para que formemos con El una sola y grandiosa Personalidad, el Hijo místico.

Esta vinculación nuestra al Hijo, mucho más real y poderosa que toda vinculación creada, es lo que llama San Pablo la *adopción*, no porque seamos respecto de Dios de una condición parecida a la de los adoptivos entre los hombres, sino para expresar puramente que no somos hijos naturales de Dios sino que lo somos por participación en el que lo es natural y único y juntamente, por benigna concesión del Padre, Cabeza y Corazón de la Humanidad redimida. Nos dio al Hijo para que en El seamos y constituyamos el *Hijo* completo, misterioso, de la Encarnación. Por eso dice S. Juan en un sitio que de tal manera amó Dios al mundo que le dio su Hijo Unigénito; y en otro dice que ese Hijo vino a los más allegados a El según la carne, a los suyos, y los suyos no le recibieron, despreciaron y desconocieron el Don de Dios; pero a cuantos le recibieron les dio el poder de hacerse hijos de Dios, pues se confían

y creen en su nombre (de Hijo) y no han nacido de uniones humanas ni por voluntad de la carne ni por voluntad de hombre, sino que han nacido de Dios.

El Corazón del Hijo de Dios a todos quiere entregarse, porque a todos lo entrega y lo envía el Padre, pero no todos aceptan ese Don y esa Entrega ni aun los que parecen más próximos en cierto modo a Él. Y bien podemos decir que aún de los que reciben ese Corazón, de los que quieren profesar y aún profesan y practican la devoción del Corazón de Jesús, pocas almas hay que comprendan esa vida de filial y ardentísimo celo por la gloria del Padre propia del Corazón del Hijo... Jesu-Cristo todo cuanto es, es dependencia filial amorosísima del Padre y a Él dirige toda su actividad, a la propagación de su reconocimiento como Padre, en El, de todos. Su misión es dar a conocer al Padre como Padre, como engendrador suyo. Su misión y la de su prolongación, que es la Iglesia. La Iglesia que es el Hijo de Dios ya triunfante en los cielos, purificando sus miembros en el Purgatorio, padeciendo y predicando en este mundo. La Iglesia en el mundo es Cristo en el mundo. La misión es la misma: ser un puro servicio filial amoroso del padre.

¿Es posible que haya almas, que se dediquen a practicar y propagar, a fomentar en sí y en otros la dulcísima devoción del Corazón de Jesús y no lleguen a descifrar que el Corazón de Jesús es el Corazón del Hijo y como tal es todo para el Padre, y que, por consiguiente, cuantos practiquen esta devoción han de vivir con los afectos filiales de Jesús para con el Padre? No sólo es posible, sino que es la tristísima realidad.

La Iglesia orante, Cristo orando en este mundo, a quién dirige siempre su oración oficial, corporativa? Véase toda la liturgia, especialmente la santa Misa. Las poquísimas oraciones —las tres antes de comulgar— que van directamente a Cristo son para pedir la incorporación a Él, la infiliación, el poder rezar con toda verdad el «Padre Nuestro».

Así terminan las colectas de la Iglesia: «Por N. S. Jesu-Cristo, tu Hijo, que contigo vive y reina en la unidad del espíritu Santo, Dios por los siglos de los siglos». Y la antigua doxología oriental: «Gloria la Padre por el Hijo en el Espíritu Santo». Y a Cristo nos dirigimos como Cabeza nuestra y Corazón nuestro, fuente de nuestra vida espiritual, puesto que de su plenitud recibimos el Espíritu Santo y la gracia, que es nuestro principio vital sobrenatural.

La devoción al Corazón de Jesús ha venido para renovar en la Iglesia, no en la Iglesia como corporación, sino en cada uno de sus miembros, la conciencia de la adopción filial divina en Cristo.

No tengo tiempo para más, pero vosotras entenderéis todo lo que hay en esto que he indicado someramente. No es tanto problema de entender y saberse explicar y dar razón, cuanto de vida práctica, de mucha oración. Con la oración humilde en Cristo al Padre se penetra en esta médula de la vida divina, y Únicamente con la oración. Porque nadie va al Padre sino por Cristo, porque el Padre no oye otra Palabra que la que es Cristo; y nadie va por Cristo y en Cristo a Dios si el Padre no lo atrae y arrastra dulce y fuertemente.

Adiós, Hijas mías. Este es un pobre regalo por mi santo. Ojalá llegue a tiempo. Todo vuestro siempre en Cristo Jesús.

J. A. S. SJ

Roma, 14 de Enero de 1934

ÍNDICE

INTRODUCCIÓN

RETIRO ESPIRITUAL

I- QUÉ SE ENTIENDE POR CORAZÓN

II- ENTRONIZACIÓN DEL CORAZÓN DE JESÚS EN EL PROPIO CORAZÓN

III- MEDIOS PARA ALCANZARLO

IV- LA ENTRONIZACIÓN PRÁCTICA O CONSAGRACIÓN VIVIDA

V- LA ESENCIA DE TODA LA VIDA INTERNA Y EXTERNA DE JESÚS

VI- VIDA VICTIMAL

VII- VIDA DIVINA

VIII- EL ESPÍRITU SANTO VIVIFICANTE DESCONOCIDO: EL GRAN DESCONOCIDO

X- EL ESPÍRITU SANTO PRINCIPIO DE FECUNDIDAD ESPIRITUAL

CARTAS

I- QUÉ SE ENTIENDE POR CORAZÓN:

CARTA 1

CARTA 2

II- ENTRONIZACIÓN DEL CORAZÓN DE JESÚS EN EL PROPIO CORAZÓN:

CARTA 3

CARTA 4

CARTA 5

III- MEDIOS PARA ALCANZARLO:

CARTA 6

IV- LA ENTRONIZACIÓN PRÁCTICA O CONSAGRACIÓN VIVIDA:

CARTA 7

V- LA ESENCIA DE TODA LA VIDA INTERNA Y EXTERNA DE JESÚS:

CARTA 8

VI- VIDA VICTIMAL

CARTA 9

CARTA 10

VII- VIDA DIVINA:

CARTA 11